



MARÍA ZAMBRANO

Una pensadora de nuestro tiempo

José Luis Abellán

huellas

De los saberes en su historia

ANTHROPOS

María Zambrano

huellas

Memoria y Texto de Creación

21

La colección **huellas** resume la memoria y los textos de creación que potencian el conocimiento social del porvenir. Se refiere a los grandes creadores de cultura y a sus más destacados investigadores. Se propone darlos a conocer a un público amplio, de manera asequible pero seria y documentada, a través de series mutuamente complementarias

Serie

De los saberes en su historia

María Zambrano

Una pensadora
de nuestro tiempo

JOSÉ LUIS ABELLÁN



María Zambrano : Una pensadora de nuestro tiempo / José Luis Abellán. — Rubí (Barcelona) : Anthropos Editorial, 2006
127 p. ; 18 cm. — (Huellas. Memoria y Texto de Creación ; 21. Serie: De los saberes en su historia)

ISBN 84-7658-786-4

1. Zambrano, María, 1904-1991 - Crítica e interpretación 2. Zambrano, María - Filosofía 3. Filosofía española - S. XX I. Título II. Colección
I Zambrano, María
165

Electronic version
published by



Primera edición: 2006

© José Luis Abellán-García González, 2006

© Anthropos Editorial, 2006

Edita: Anthropos Editorial. Rubí (Barcelona)

www.anthropos-editorial.com

ISBN: 84-7658-786-4

Depósito legal: B. 19.534-2006

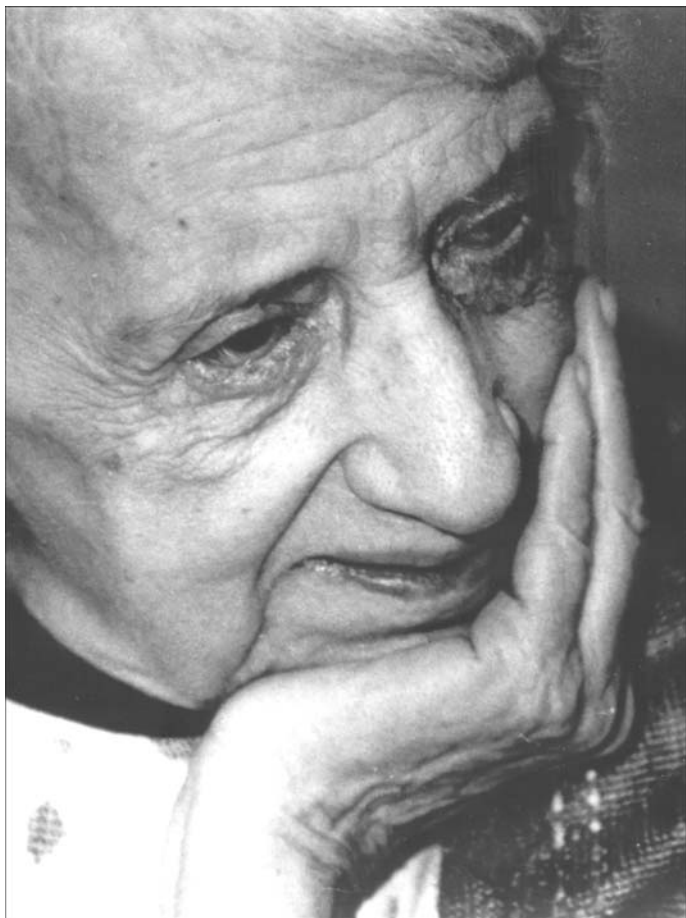
Diseño, realización y coordinación: Anthropos Editorial

(Nariño, S.L.), Rubí. Tel. 93 697 22 96 / Fax: 93 587 26 61

Impresión: Novagràfik. Vivaldi, 5. Montcada i Reixac

Impreso en España - *Printed in Spain*

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.



María Zambrano. Madrid, invierno de 1985

This page intentionally left blank

Prólogo

Cuando en 1962 me encontraba como profesor en la Universidad de Puerto Rico, José Gaos, el famoso discípulo de Ortega y Gasset, residente en México desde 1938, fue contratado para impartir un curso semestral. Nada más conocer la noticia me matriculé en dicho curso, que versaría sobre la *Metafísica*, de Aristóteles. Manejamos una traducción del propio Gaos, que comentábamos día a día. El resultado para mí fue deslumbrante. Acostumbrado como estaba, durante mis años de estudiante en Madrid, a una interpretación seca y acartonada, basada en una versión de rancio escolasticismo, aquel Aristóteles, inmerso en su circunstancia griega y obedeciendo a los estímulos del mundo helénico, era recuperar el *status nascendi* de la filosofía y el entusiasmo consiguiente. El curso me familiarizó además con el método de trabajo en historia de las ideas, que hice mío a partir de entonces. José Gaos se convirtió para mí en el gran maestro, que yo había buscado inútilmente.

Muy lejos estaba entonces de sospechar que aquellas clases iban a dejar en mí una huella tan imperecedera, hasta el punto de que marcarían un punto de inflexión en mi trayectoria intelectual. El conocimiento de Gaos, junto con el de otros muchos personajes que traté en la isla —Jaime Benítez, Jorge Guillén, Pau Casals, Ricardo Guillón, Jorge Enjuto, Ludwig Schajowich...—, me descubrieron el mundo del exilio y, de modo muy especial, el producido en España tras la guerra civil de 1936-1939. Un mundo nuevo y apasionante, a cuyo conocimiento dedicaré algunos de los mejores años de mi vida.

Ahora bien, dentro de ese exilio, ocuparía un lugar muy especial el producido en el área de la filosofía. El impulso dado a la filosofía por Ortega y Gasset en los años anteriores a la guerra había producido una subida del nivel filosófico en nuestro país, que se tradujo a su vez en un plantel de filósofos de reconocido prestigio, pero cuya obra se realizaría en su mayor parte fuera de España, y resultaría, por tanto, desconocida en su propio país. Siendo yo filósofo también, por formación universitaria, dediqué muchos años a la lectura y conocimiento de esa obra supuestamente *perdida* para el país nativo, tratando de difundirla y darla a conocer en la medida de mis fuerzas dentro de la patria que habían tenido que abandonar. Así fui topando con nombres como los de Joaquín Xirau, Eduardo Nicol, José Ferrater Mora, Eugenio Ímaz, J.D. García Bacca...

Y entre esos nombres, inevitablemente el de María Zambrano, con una diferencia respecto de los demás: la dificultad de encontrar su obra, la inexistencia de estudios críticos sobre la misma, la complejidad intrínseca a su filosofía y su difícil entendimiento. Me puse en contacto epistolar con ella, lo que me permitió acceder a alguno de sus libros, pero el hecho es que la propia autora tampoco poseía ejemplares de su obra. Gracias a la mediación de Manuel Andújar, en México entonces, y mi relación personal con el Fondo de Cultura Económica, que en 1965 había establecido una sucursal en Madrid, pude paliar las dificultades, pero con eso logré llegar a una primera aproximación a la filosofía de esta autora, que publiqué en el libro *Filosofía española en América, 1936-1966*; la palabra «exilio» estaba prohibida por la censura franquista, y ello me obligó a esa paráfrasis. Luego, seguí leyéndola, y profundizando en sus propios planteamientos. María Zambrano maduró su obra lentamente, y algunos de sus mayores logros fueron posteriores a 1967, fecha de mi libro.

En 1998, logré que el Fondo de Cultura Económica hiciese una segunda edición de mi libro, ahora mucho más aumentado y completo. El capítulo de María Zambrano fue reescrito, y ampliado con sus nuevas aportaciones; aún así, no quedé plenamente satisfecho, y ello me obligó a una nueva relectura de su obra, que es la que ahora ve la luz. He profundizado en su mensaje filosófico, a través de un proyecto de «empatía», llegando a una claridad sobre su vida y su obra que creo inédita. Estamos ante una de las pensadoras más importantes de nuestro tiempo y a la que todavía no se ha prestado la atención debida. Este libro mío puede ayudar a ello, ¡ojalá!

Al mismo tiempo que hacía este descubrimiento del exilio, me di cuenta de que una comprensión en profundidad del mismo, sólo se lograría cuando se conociese en detalle el ambiente filosófico que se había producido en España en los años anteriores a 1936. La labor realizada por Unamuno, D'Ors y Ortega y Gasset, era fundamental para entender lo que se produciría después en la diáspora. Así fui profundizando en estos autores a los que he dedicado amplia atención en las numerosas investigaciones que sobre ellos he hecho, y que culminaron en el último tomo de mi *Historia crítica del pensamiento español* (1979-1992).

La inflexión intelectual a que me referí al principio de esas líneas, producida en mí a partir del conocimiento de José Gaos en 1962, ha sido, pues, decisiva a lo largo de toda mi vida. El conocimiento de un gran maestro puede producir transformaciones como ésta de la que he sido objeto. Por ello quiero terminar estas líneas con un reconocimiento muy vivo a José Gaos, a María Zambrano, y al gran maestro de todos ellos —José Ortega y Gasset—, que les hizo posibles.

Madrid, 17 de julio, 2004

This page intentionally left blank

I. La Segovia del primer tercio del siglo XX: orígenes intelectuales de María Zambrano

Por los años de mil novecientos veintitantos era Segovia para algunos amigos como una pequeña corte renacentista.

MANUEL CARDENAL IRACHETA

Entre las ciudades castellanas carentes de Universidad, Segovia ha destacado siempre por su inquietud cultural. La existencia de una burguesía urbana, ligada a la industria de los paños y al ganado lanar, ha propiciado ese hecho singular que se acrecienta en determinados momentos de su historia. Así, al fundarse el Real Colegio de Artillería, que, vinculado a la Academia de Artillería, trató de mejorar la formación técnica y profesional de los artilleros: como recuerdo simbólico de aquella época se cita siempre la presencia del científico francés Louis Proust, quien no sólo mejoró la calidad de la pólvora empleada por los artilleros españoles, sino que perfeccionó las técnicas de fabricación de porcelanas y tintes.¹

Es curioso que esta tradición cultural segoviana tuviese un segundo y extraordinario florecimiento cultural durante el primer tercio del siglo XX, en un momento en que tanto la industria pañera como el comercio del ganado lanar habían hecho profunda crisis, y es que sus causas y motivos, como veremos a continuación, tuvieron un fundamento muy distinto. En la primera década del pasado

1. Sobre el tema existe una buena investigación de María Dolores Herrero Fernández-Quesada, *La enseñanza militar ilustrada. El Real Colegio de Artillería de Segovia*, Segovia, 1990.

siglo, Segovia se vio favorecida por el ambiente creado por dos movimientos de significación muy distinta, pero que, por circunstancias azarosas, vinieron a converger en esa dichosa ciudad. Me refiero a la generación del 98, por un lado, y a la Institución Libre de Enseñanza, por otro.

La generación del 98 —y en general todo el movimiento modernista— fijó sus ojos en Segovia como ciudad castellana representativa del arte, de la historia y de las tradiciones literarias más puramente españolas. Sobre ella escribieron Unamuno, Azorín, Baroja, Gómez de la Serna, Eugenio d'Ors y José Gutiérrez Solana; a ella dedicaron páginas, reflexiones o atinadas observaciones, que han permitido al marqués de Lozoya hablar de una segunda fundación de Segovia, con estas acertadas palabras: «Unamuno, Baroja, Azorín, Machado, Julián Otero, Ramón Gómez de la Serna; los poetas, foráneos y locales de las últimas décadas, tienen tanta parte en la creación de nuestra ciudad como el ignorado arquitecto del acueducto; como los escultores de los capiteles románicos, como Rodrigo Gil de Hontañón, a quien debemos el regalo de la prodigiosa silueta de la Catedral. La belleza del mundo sería algo yerto e inútil si Dios no hubiese creado ojos capaces de contemplarla e inteligencias capaces de intentar comprenderla. Por esto los que nos han enseñado a ver con nueva sensibilidad la belleza de Segovia pueden llamarse sus fundadores con tanto derecho como aquel Hércules mítico en el cual se personifica el primer jefe de tribu que se asentó sobre el peñón, entre ambos ríos».²

A la influencia de la generación del 98, hay que unir la difusión que tuvieron los ideales de la Institución Libre de Enseñanza en el nuevo espíritu de la enseñanza primaria

2. José Montero Padilla, *Miscelánea Segovianista*, prólogo del marqués de Lozoya, Publicaciones de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad, Segovia, 1971, pp. 9-10.

y media. En la primera década del presente siglo ya se hacían notar en los más lejanos rincones de la realidad provincial el impulso dado a la pedagogía y a la educación por las generaciones que habían recibido el influjo de Francisco Giner de los Ríos y de Manuel Bartolomé Cossío. Segovia, con su proximidad a Madrid, no podía ser ajena a dicho impulso, que muy pronto iba a manifestarse en la presencia de dos personalidades singulares. Blas José Zambrano, en la Escuela Pública Graduada de Maestros (posterior Escuela Normal de Maestros), de la que fue rege- nte; y Antonio Machado, en el Instituto General y Técnico de Segovia. Ambos —el primero, desde 1909; y el se- gundo, desde 1919— representaban las más puras esencias del «institucionismo» y, a través de sus actuaciones públi- cas, dejaron impronta inconfundible sobre la ciudad.

Este ambiente creado por noventayochistas, modernis- tas e institucionistas es el que servirá de caldo de cultivo al florecimiento cultural de Segovia durante el primer tercio del siglo XX, concretándose en una serie de círculos que servirán de canalizadores de la inquietud general despertada en esos años. El primero de esos círculos es el que podemos llamar de «los Zuloaga» y que tuvo su origen en la instala- ción que hizo Daniel Zuloaga de un taller de cerámica en la ciudad del Acueducto; allí residió desde 1894, comprando poco después la iglesia románica de San Juan de los Caba- lleros, donde no sólo instaló el taller, sino que formó escue- la de ceramistas, entre los que ocupan primer puesto sus hijos y nietos, además de Fernando Arranz, Manuel Ber- nardo, Isidoro Esteban y Donato Lobo; el primero, Fernan- do Arranz, estuvo varios años en Segovia, marchando des- pués a Argentina, donde dirigió también una escuela de cerámica. Con muy pocos años de diferencia se instalaría también en Segovia, Ignacio Zuloaga, acogido a la genero- sidad de su tío. Ignacio daría forma imprecadera e inter- nacional a Segovia con sus cuadros de temas y paisajes cas-

tellanos. Aunque al principio vivió en la capital de la provincia acabó comprándose un castillo en Pedraza el año 1925 y se identificó de tal manera con el paisaje de esta tierra que, cuando el conocido periodista y poeta José Rodao le preguntó «Cómo debería pintarse Segovia» para una entrevista que publicó en *El Adelantado de Segovia*, su contestación fue la siguiente: «Yo creo, amigo Rodao, que Segovia debiera pintarse con una paleta de granito, con pinceles de hierro forjado, en lienzo de refajo y con negro y amarillo. Ése es mi sueño. ¿Lo realizaré? No lo sé, pero lo que sí sé es que dedicaré mi vida y mis trabajos pictóricos a procurar que mis cuadros den esa sensación; pues quiero a Segovia como si fuera segoviano. Ignacio Zuloaga».³

Este amplio círculo de los Zuloaga tuvo importantes irradiaciones en el ámbito artístico y cultural; a Segovia supieron atraer pintores como Darío de Regoyos y Pablo Uranga. Los Zuloagas hicieron que llegase a la ciudad ilustres visitantes españoles y extranjeros que le dieron mucha fama. Esa atracción se incrementó desde 1914, ya que las condiciones europeas durante la I Guerra Mundial hicieron que artistas de distintos países buscasen un refugio tranquilo a la creación, como lo era entonces Segovia. A Segovia fueron a vivir, entre otros, Waldo Frank, John dos Passos, Arthur Koestler, Alexander Brailowski, etc.

Pero el círculo Zuloaga no fue el único: a él hay que añadir el que podemos llamar «círculo Pezuela o del conde de Cheste», prolongado, tras la muerte de éste, por el entusiasmo de su pariente, Juan de Contreras y López de Ayala, marqués de Lozoya (1893-1978). Juan de la Pezuela y Cevallos (1809-1906), primer conde de Cheste, hijo del último virrey del Perú, fue militar, político, escultor y académi-

3. *El Adelantado de Segovia*, 21 de octubre de 1912. La anécdota está tomada del estudio de Enrique La Fuente Ferrari, «Ignacio Zuloaga y Segovia», *Estudios Segovianos*, n.º 4, 1959.

co, siendo presidente de la Real Academia de la Lengua hasta su muerte en 1906; este singular personaje decidió pasar los últimos años en Segovia, de acuerdo con lo que nos evoca un ilustre erudito local: «Sobre el último tercio del siglo pasado —nos dice Luis Martín Marcos—, el conde de Cheste [...] comienza a pasar temporadas en su palacio de la antigua plazuela de San Pablo, donde todos los sábados, de atardecido, después de la Salve en la Fuencisla, reunía a sus amigos [...]. La figura arrogantísima de Cheste, apuntaba por una bella cabeza romántica, erguía sus setenta y cinco años encendidos en singulares bengalas castrenses y políticas, cuando en estos atardeceres, rodeado de sus amigos, desfloraba con su voz patosa, pero de acento enérgico, las octavas reales en las que iba vertiendo a un castellano sonoro y elegante las inspiraciones de Ariosto».⁴ En efecto, sabemos que tradujo no sólo a Torcuato Tasso, sino a Dante y a Camoens. Su figura debió ejercer gran influencia en el marqués de Lozoya, ahijado suyo, que nos le presenta con gran entusiasmo: «don Juan de la Pezuela, en su concepto tradicional de la vida, quiso ser el fundador de una gran casa de la aristocracia española. Fue, en las postrimerías del reinado de Isabel II, conde de Cheste, Grande de España y caballero del Toisón. Segundón de segundones de una familia hidalga de la montaña de Santander; era muy rico por su matrimonio con una dama alavesa: doña Javiera de Ayala y Urbina. El palacio ampliado y reconstruido, resultó magnífico, propio para cabeza de una casa de Grandes de España. Después veremos cómo se desvanecieron estos sueños cuando la Fortuna, tan propicia al conde durante tres cuartos de siglo, dejó de serle favorable».⁵

4. Luis Martín Marcos; cit. por José Montero Padilla en *Segovia*, Ed. Mediterráneo, Madrid, 1990, p. 164.

5. Juan de Contreras, marqués de Lozoya, *Memorias* (1893-1923), Segovia, 1992, pp. 100-101.

La desgracia a que se refiere aquí don Juan Contreras fue su hija Isabel —casada con su primo-hermano Rafael Ceballos-Escalera y de la Pezuela—; quedó viuda muy pronto, con tres hijos anormales —dos de ellos jorobados y sordomudos—, pero la tercera, aunque también jorobada, no sólo era sordomuda, sino que tenía gran inteligencia, sensibilidad y extraordinarias cualidades morales. Javiera, que así se llamaba, animó dos tertulias diarias en su casa y tuvo la habilidad de integrar a sus hermanos dentro de un ambiente cultural y artístico muy notable. Entre esas habilidades tuvo también la de atraer hacia Segovia a dos extraordinarios pintores sordomudos, de origen vasco, los hermanos Valentín y Ramón Zubiaurre; el segundo marchó pronto a América, pero el primero quedó vinculado para siempre a Segovia; de él nos dice Lozoya: «Se enamoró de Segovia, de sus tipos, que todavía vestían habitualmente en las aldeas, el traje tradicional y, sobre todo, de su luz. Las dos únicas vertientes de su pintura fueron, desde entonces, lo vasco y lo segoviano. Tenía, como sordomudo, una educación mucho más adelantada que la de los Cheste. Hablaba normalmente no sólo el español, sino el francés, y comprendía por el movimiento de los labios. La tertulia, con la presencia de Valentín, fomentaba discusiones sobre temas culturales. No le gustaban Velázquez ni Sorolla; Goya no demasiado. Le entusiasmaban los impresionistas franceses y los primitivos flamencos. Detestaba las comedias de los Quintero y ponderaba por las nubes la literatura del 98».⁶

El azar de la vida hizo que este culto ambiente, debido también a circunstancias azarosas, se ampliase en una dirección científica. Luisa Contreras, tía del marqués de Lozoya, se casó con un ilustre científico, Joaquín María

6. *Ibíd.*, p. 112.

Castellarnau y Lleoport (Tarragona, 1848 - Segovia, 1943), que, por rarezas de su carácter, vino también a vivir y a morir en Segovia. El marqués en sus *Memorias* lo evoca con estas palabras:

Entre las rarezas de mi tío Joaquín figuraban su amor a Castilla y su odio a su Cataluña nativa. Sobre un bello solar con vistas al Clamores, sobre casas de los condes de Santa Coloma y de un mayorazgo de los Meléndez de Ayones, hizo construir una casa señorial, con precioso jardín, la decoró con todo el mal gusto de la época de Alfonso XII. Lo más simpático de esta casa era el piso bajo, con acceso directo al bello jardín, con una biblioteca en varios idiomas —que mi tío dominaba—; un laboratorio con el más moderno instrumental de su tiempo, y hasta un observatorio astronómico. Desde aquel rincón mi tío realizó trabajos que le valieron un primer puesto en ciencia española.⁷

En efecto, así fue, ya que, como ingeniero de montes que era, tenía una gran formación botánica y en historia natural, que le llevaron a realizar un minucioso estudio micrográfico del sistema leñoso de las especies forestales españolas. Como tal, se dedicó al estudio de la histología vegetal, lo que le llevó a clasificar las coníferas por sus caracteres histológicos, realizando una primera monografía acerca de la estructura del tallo del pinsapo. Su estudio histológico de los árboles forestales hizo que se interesase por las cristalizaciones intracelulares, de cuya observación —con su amigo Rafael Breñosa— mediante luz polarizada llegó a la conclusión de que todos los cristales eran de oxalato cálcico y no de sulfato, como se había supuesto. Obtuvo la medalla de oro en la Exposición Universal de Barcelona (1888) y fue miembro de la Real Sociedad de Historia Natural, además de correspondiente de

7. *Ibíd.*, p. 81.

las R. Academias de Ciencias, de Historia y de Ciencias y Artes de Barcelona. Entre los estudios sobre cuestiones próximas al entorno segoviano pueden citarse los siguientes: *El pinar de Valsaín* (1884), *Estudio Ornitológico del Real Sitio de San Ildefonso* (1877), *Guía descriptiva del Real Sitio de San Ildefonso* (1884).⁸

El tercer círculo que fue conformando este ambiente intelectual de Segovia en el primer tercio del siglo es el que tenía su eje de irradiación en el ámbito de la enseñanza, muy especialmente en el Instituto General y Técnico de Segovia, que mantenía estrechas y cordiales relaciones con la Escuela Normal de Maestros, a través de personas que defendieron los mismos ideales y actitudes ante la cultura y el progreso del país. Esas relaciones se concentraban en las tertulias de la ciudad, donde brillaban con luz propia Antonio Machado y Blas José Zambrano. Éste había llegado a Segovia desde Vélez-Málaga el año 1909 y Machado diez años después, en 1919, pero ambos sintonizaron perfectamente desde el primer momento; sintonía que se produjo no sólo entre los dos, sino con el ambiente cultural que se respiraba en la ciudad. Se pregunta Pablo de Andrés Cobos, joven testigo de aquellos momentos: «¿Por qué en Segovia, mínima ciudad, hubo siempre o casi siempre un grupo de amigos del espíritu? Profesores del Instituto y de la Normal, poetas y periodistas que comenzaban, pintores, escultores o ceramistas que nacían al arte, algún médico, algún abogado, algún militar. Eran el vértice número tres de la vida activa. La Catedral, la Academia de Artillería y esta tertulia de caballeros enamorados del ideal. Que hacían un periodiquín trémulo tan pronto como re-

8. Una aproximación muy completa a la figura de Castellarnau se puede obtener del número monográfico que le dedicó la revista *Universidad y Tierra*. *Boletín de la Universidad Popular Segoviana*, n.º 2-3, abril-septiembre 1934.

unían doce duros, y una revista cuando surgía un filántropo, y que, a veces, como entonces, cuajaban empeños como el de la Universidad Popular Segoviana».⁹

El mismo Cobos nos ha descrito muy vivamente el ambiente de aquellas tertulias. «Allí don Blas y don Antonio. El magisterio más activo de uno y otro estaba en la tertulia del café de *La Unión*, antes de llegar al *Corpus*, asotabancado, con divanes rojos, espejos en los muros, mucho humo y mucho ruido de fichas de dominó sobre las mesas de mármol blanco. Allí don Blas y don Antonio, rectores de aquella Universidad libre. Gran centro de cultura, que nació en torno al poeta Llovet, que siguió con don Blas, y con don Antonio y don Blas, a partir del año veinte. Un primer círculo que integraban Otero, Quintanilla, Barral, Arranz, Carral, Cerón, Cáceres...»

Un círculo segundo que comprendía a todos los profesores animosos del Instituto y de la Normal, con Zuloaga, Rodao, Gila, Sánchez Barrado, que era sacerdote... Tertulia con la que alguna vez, en casa de Quintanilla, se encontró el obispo Gandásegui. Y un círculo tercero que se extendía a la actividad toda de aquella chiquita ciudad helénica.

Allí don Blas de manera casi permanente, y allí don Antonio cada día. Don Blas iba al café hasta por la mañana, en hueco cualquiera de tarea, o lo pedía desde el lugar de trabajo; después de la comida, algo más tarde, al anochecer y por la noche, y hasta en el café Moderno entraba, un salón grande en la calle de San Francisco, en el que nunca se veía a nadie. Allí la exquisita hipersensibilidad de Julián María Otero; la inteligencia, la memoria felicísima y la acerada ironía de Mariano Quintanilla; el humorismo acrobático de Ignacio Carral; las encantadoras extravagancias de Juanito Cáceres... Allí, algún militar, como el te-

9. Pablo de Andrés Cobos, «Machado en Segovia», *Ínsula*, Madrid, 1973, p. 56.

niente Medina, a quien se lloró con dolor fraterno, víctima del desastre de Annual. Algún obrero industrial, como Guillermo Marín Riber, que leía con fruto a los grandes filósofos. Algún maestro primario, como Norberto Cerezo, muy nutrido de lecturas, con inteligencia poderosa y sátira que domesticaba. Un obrero tipógrafo, Carlos Martín, músico autor del himno a Segovia, periodista y propulsor de todos los semanarios efímeros...

Allí don Blas y don Antonio para comentar el acontecer de casa y de fuera, de hoy, de ayer y de mañana, en serio o con burla; con burla hasta de sí mismos cuando a cuento venía. Burla de los errores en que Carral incurría, de las genialidades de Cáceres, de los versos malos de cualquiera, del desaliño de don Antonio y de los juegos de amor a que don Blas era aficionado.¹⁰

Los lazos de amistad que se fraguaron en aquella tertulia fueron tan fuertes que se prolongaron después en Madrid. Todos los cronistas coinciden en reconocer que la amistad iniciada en Segovia se va a prolongar en Madrid, cuando los protagonistas de la misma vuelvan a encontrarse en la gran ciudad. A Madrid fue Blas J. Zambrano en 1927, y en Madrid coincidieron con él Antonio Machado y Mariano Quintanilla, a partir del año 1932, en que ambos estuvieron destinados en el Instituto Calderón de la Barca; a la tertulia asistirían también Alfredo Marquerie, Ignacio Carrar y Pablo de Andrés Cobos —el más joven—, pues ya residían todos ellos en Madrid. De la tertulia segoviana puede obtenerse información con la revista *Segovia*, fundada y dirigida por Ignacio Carral en el año 1923. Comentando esta publicación dice Cobos: «Lo que queda en pie, con *Segovia* en la mano, es que la onda expansiva de la tertulia era muy amplia, alcanzando a muchos que no la frecuentaban, hasta llegar a todos los intelectuales con espíritu

10. *Ibid.*, pp. 64-65.

juvenil y escozores de rebeldía». ¹¹ Y, sin embargo, la tertulia tenía fronteras bien definidas, como era la Academia de Artillería y la Catedral, aunque no tanto en el Casino de la Ciudad, pues allí había como un segundo círculo de su onda expansiva a través de los profesores del Instituto y de la Normal que, al estar más próximos a la burguesía segoviana, no asistían físicamente a la tertulia. La mejor evocación de ésta nos la da el citado Pablo Andrés Cobo que, al hablar-nos de lo que en ella se trataba, dice: «La tertulia era, real y verdaderamente, un periódico informal, que no se escribía, pero que quedaba flotando en la atmósfera espesa del café y en el ánimo de cada uno de los participantes. ¿En qué otro lugar de Segovia se podía oír hablar de todo? ¿Y en qué otro lugar se podía aprender a pensar y a valorar el pensamiento, a sentir y a valorar el arte, a decir con corrección y cierta gracia, a mejorar el ingenio, y a medirnos cada uno ante los otros, con lo que a la vez se estimulaba y se moderaba el propio merecimiento? En la tertulia se crecía; crecíamos los jóvenes y los adolescentes, y vamos a atrever-nos a decir que ni los maestros, don Blas y don Antonio, dejaban de obtener provechos, y lo prueba el gusto con que asistían». ¹²

En este ambiente que estamos describiendo y a través de los tres focos culturales ya mencionados, la misma ciudad de Segovia fue adquiriendo protagonismo hasta convertirse en figura autónoma y con personalidad propia; de ello darán fe los Juegos Florales de 1914 y el llamado «bando de los poetas». A este último se refiere el marqués de Lozoya en estos términos: «Entré entonces en el que los socios del casino llamaban el bando de los poetas, que deambulábamos por los maravillo-

11. *Ibíd.*, p. 57.

12. *Ibíd.*, p. 70.

esos paisajes que rodean la ciudad o nos reuníamos en alguno de nuestros domicilios para comentar la poesía modernista (Rubén, Amado Nervo, Marquina, Villaespesa...), y la novísima poesía de Juan Ramón Jiménez y de los hermanos Machado. Formábamos el bando tres jovencísimos poetas: Juan José Llovet, Mariano Quintanilla y yo; un prosista de extrema sensibilidad, Julián María Otero, y algunos artistas: el mismo Valentín Zubiaurre, cuando estaba en Segovia, y otro vasco: Manuel Martí Alonso, gran artista, hoy del todo desconocido. Publicamos una revista, *Castilla*, de muy efímera vida, pues dependía de nuestros escasos recursos económicos».¹³

La alusión de la revista *Castilla* como antes lo hicimos de *Segovia*, nos da pie para mencionar al importante movimiento poético y periodístico que se produjo en el primer tercio de este siglo. El fenómeno abarca a toda la realidad nacional, pero tiene en *Segovia* una de sus manifestaciones más acusadas. *Castilla* fue dirigida por don Blas J. Zambrano, el padre de María Zambrano, y se mantuvo durante cinco meses —de febrero a junio— de 1917. Tuvo como propósito estudiar el pasado histórico segoviano con carácter riguroso y, junto a ella, hay que citar otras como *La tierra de Segovia* (1919-1922) o *Heraldo de Segovia* (1926-29) y, ya en la II República, *Universidad y Tierra* (1934), que fue órgano de la Universidad Popular Segoviana y para la que dio fondos don Fernando de los Ríos, entonces ministro de Educación.

La atmósfera que se desprendía del movimiento modernista —acuciado por el espíritu de la generación del 98— dio a Segovia ese protagonismo a que antes aludíamos e hizo de ella figura señera e inconfundible del

13. Marqués de Lozoya, *Memorias*, pp. 118-119.

arte y de la historia de la que se enamoraban artistas como Mauricio Fromke.¹⁴ El modernismo hizo de Segovia un modelo estético *sui generis* contrapuesto al neoclasicismo borbónico de La Granja. El Real Sitio de San Ildefonso y Segovia se constituyeron entonces, a pesar de su proximidad física, en dos estilos artísticos diferentes en entender lo español. El primero, creación racional de nueva planta, fundiendo naturaleza y arte; el segundo, ensayando la fusión de historia y arte en convivencia con la vida civil de la ciudad. De este segundo impulso surgen los proyectos de remodelar urbanísticamente la ciudad, mediante una teoría de la restauración arquitectónica que tendría su máximo exponente en el arquitecto Javier Cabello y Doderó. El clima no podría ser más propicio para que surgiera lo que va a ser la creación más importante del período: la Universidad Popular Segoviana. Se funda esa en 1919, coincidiendo con la llegada de Antonio Machado a Segovia, que venía trasladado desde Baeza. A Machado le presentaba José Tudela en los ambientes intelectuales de la ciudad, siempre que fueran de tendencia liberal, pues Tudela, amigo de Ortega y Gasset, archivero-bibliotecario, también lo era. Machado le conocía de Soria, donde habían hecho amistad, y le ayudó en sus primeros pasos en tierra segoviana, hasta que lo dejó acomodado en su pensión de la calle de los Desamparados, que hoy puede visitarse.¹⁵

La fundación de la Universidad Popular Segoviana fue la culminación del ambiente descrito. Surgió con un impulso similar a la recién desaparecida Sociedad Económi-

14. Sobre M. Fromke consúltese *Estudios Segovianos*, n.º 76-77, 1974, *passim*.

15. Sobre estas circunstancias da detalles muy minuciosos y pormenorizados José Tudela en su artículo «Segovia y Machado», en *Estudios Segovianos*, n.º 65-66, 1970.

ca de Amigos del País. Los fundadores de la Universidad Popular fueron los siguientes: don Mariano Quintanilla, abogado y profesor de Instituto, un poco después; don Francisco Romero, profesor de Matemáticas de la Escuela Normal de Magisterio; don Francisco Javier Cabello y Dodero, arquitecto, que luego sería director de la Universidad durante dieciocho años y más tarde secretario durante once más; don Florentino Soria, catedrático de Dibujo del Instituto; don José Tudela, archivero-bibliotecario; don Andrés León, catedrático de Física y Química del Instituto de Enseñanza Media; don Segundo Gila, médico y director de *La Tierra de Segovia*; don Francisco Ruvira, profesor de Ciencias de la Normal; don José Rodao, poeta y escritor; y don Antonio Machado, que recién llegado a Segovia se incorpora a la empresa.¹⁶

16. Los datos anteriores están recogidos del estudio crítico realizado por don Francisco Otero: «La revista *Manantial* (1928-1929) y la vida literaria de Segovia en el primer tercio del siglo», aparecido en la edición facsímil de dicha revista realizada por la Academia de Historia y Arte de San Quince (Segovia, 1986). Sigue diciendo dicho autor, tras los datos anteriores: «En octubre de 1921 se incorpora como profesor don Antonio Ibot León, Licenciado en Filosofía y Letras y el Inspector de Primera Enseñanza don Antonio Ballesteros, que es elegido secretario por traslado del señor León. Se fija el número de profesores en quince y en la fecha del 13 de noviembre de 1925 fueron elegidos para ocupar las vacantes don Blas J. Zambrano, regente de la Escuela Graduada de la Normal; el abogado y escritor don Julián María Otero y el ingeniero ayudante de Obras Públicas y escritor don Marcelino Álvarez Cerón, que sería secretario de 1932 a 1934.

»En 1927 fueron elegidos miembros de la Universidad don Rubén Landa, catedrático del Instituto; don Fernando Gallego de Chaves, marqués de Quintanar, ingeniero de caminos; don Juan de Contreras y López de Ayala, marqués de Lozoya, catedrático de la Universidad.

»En 1930 ingresa don Alfredo Marquerie, abogado y escritor. Por último, en 1934, don Luis Martín García Marcos, escritor; don Mariano Grau, escritor y don Jesús Unturbe, pintor.

»Como vemos, la Universidad está formada en su mayoría por profesores del Instituto y de la Normal, lo que supone que estén sujetos a

La Universidad Popular no tuvo en principio edificio propio y debió acogerse a la hospitalidad de la Escuela Normal. Las conferencias se dieron en distintos edificios de la ciudad —Instituto de Segunda Enseñanza, Casa de los Picos, Círculo Mercantil, Teatro Juan Bravo, etc.— hasta que en 1928 Mariano Quintanilla encontró la iglesia romántica de San Quince —que había servido de depósito de paja a la Academia de Artillería— y el arquitecto Cabello y Dodero la habilitó como centro de investigación y estudio. En el artículo 2.º de su Reglamento Interior se fijan sus objetivos: «La misión y fines de la institución, son divulgar la cultura en general y principalmente entre la clase trabajadora».

Había, pues, una preocupación social, derivada de sus propósitos regeneracionistas, que se desprende de su constitución. Al consignar los miembros de la Universidad se da preferencia, no sólo a los profesores que imparten sus enseñanzas, sino a «los alumnos obreros, de uno u otro sexo mayores de 16 años, que se matriculen al principio de cada curso» (art. 4.º).

La Universidad Popular funcionó con el carácter que hemos señalado hasta la Guerra Civil, fecha en que los acontecimientos políticos le obligaron a cambiar de sentido. A propuesta del marqués de Quintanar se convirtió en 1955 en Academia de Historia y Arte de San Quince. Se aprobaron nuevos Estatutos y cambiaron sus fines de acuerdo con lo que dice el artículo 4.º: «El fin de la Academia es la realización de los estudios segovianos principalmente los de historia local, y el fomento de las letras y las artes,

una gran movilidad por sus traslados de Cátedras. Sin embargo, hay un grupo que permanece en Segovia y es del que va a nacer *Manantial*: Marcelino Álvarez Cerón, Julián María Otero, Mariano Quintanilla, Francisco Javier Cabello y Dodero, Antonio Ibot, Rubén Landa, el marqués de Quintanar, el marqués de Lozoya, Alfredo Marquerie, Mariano Grau, Jesús Unturbe y Luis García Marcos.»

por medio de publicaciones, trabajos de investigación, cursos, conferencias, exposiciones, conciertos, excursiones, establecimiento de bibliotecas y otros análogos». ¹⁷

De aquí saldrá la revista *Estudios Segovianos* que, con regularidad, se publica hasta nuestros días y en cuyas páginas se contienen artículos y documentos imprescindibles para reconstruir la historia que estamos contando.

En relación con los años que hemos acotado para nuestro estudio, que es el primer tercio del siglo, fundamentales para reconstruir el ambiente en que vivió María Zambrano durante su infancia y primera juventud, la Universidad Popular se centró básicamente en la divulgación cultural entre la clase obrera, para lo que estableció una biblioteca circulante —la primera de Segovia— de gran éxito, ya que en los primeros años de su fundación llegó a contar con dos mil lectores. Se nutrió la biblioteca de donaciones particulares, entre las que destacan las que el poeta Antonio Machado realizó en diversas ocasiones.

Las otras actividades fundamentales de la Universidad Popular fueron las clases nocturnas que en ella dieron desde 1920, y las conferencias periódicas a las que se invitó a lo más granado de la intelectualidad de la época. Allí disertaron Américo Castro, Manuel García Morente, Eugenio d'Ors, María de Maeztu, Lorenzo Luzuriaga, Ramón Carande, Fernando de los Ríos, Gregorio Marañón, Blas Cabrera, Miguel de Unamuno. ¹⁸

Desde muy pronto el padre de María Zambrano colaboró con la Universidad Popular. El 14 de febrero de 1920 dio en ella su conferencia titulada «Noción de la cultura»

17. Juan de Vera, *Academia de Historia y Arte de San Quince. Datos históricos*, Segovia, 1980. Este folleto es fundamental para cualquier estudio histórico que se haga de la Universidad Popular.

18. Una información preciosa puede obtenerse del artículo de Mariano Grau, «El cincuenta aniversario de la Universidad Popular», en *Estudios Segovianos*, n.º 65-66, 1970.

y en 1925 se incorporó definitivamente como profesor de la misma, aunque por poco tiempo, dado que en diciembre de 1926 se ausenta como consecuencia de su traslado a Madrid. Había permanecido dieciocho años al pie del acueducto —«El Arquitecto del Acueducto», le llamará Machado—,¹⁹ animando la vida cultural de la ciudad. Está por hacer un estudio pormenorizado de su figura y de su importancia, aunque ya llamé la atención sobre el tema en un antiguo trabajo mío, pero, en cualquier caso, está sobradamente reconocida su influencia sobre el pensamiento de su hija; de él dice atinadamente Pablo Andrés Cobos: «No dio esquema racional a su sentimiento, mas ha de estar sin duda una buena parte en la filosofía que ahora construye María Zambrano, su hija, que le sigue sintiendo en la entraña de su ser entero».²⁰

No insistiré en esto, sobre lo que están ya trabajando otras personas,²¹ pues me interesa, sobre todo, hacer ver la influencia general que este ambiente de la Segovia del primer tercio de siglo tuvo sobre su obra. Recordemos que en ella pasó María Zambrano de los cinco a los veintitrés años, es decir, la etapa decisiva en la formación del carácter para cualquier persona. La misma María nos lo ha recordado, y no en cualquier parte, sino al principio de su libro *España, sueño y verdad* (1965), es decir, en un lugar donde las verdades se revelan a través del sueño, o del ensueño; nos dice allí: «Otra figura no extraída de las páginas de libro algu-

19. Tenemos un recuerdo perdurable de esta anécdota, ya que el escultor Emilio Barral perpetuó en el busto que de él hizo el mismo epíteto. El busto puede verse en el patio de la Diputación Provincial de Segovia.

20. Pablo A. Cobos, «Machado en Segovia», art. cit., p. 66.

21. Habiendo iniciado ya mis preparativos para la realización de este estudio tuve conocimiento de que mi buen amigo José Luis Mora preparaba una comunicación a este Congreso Internacional de María Zambrano. El profesor Mora ha seguido investigando y estudiando esta interesante figura de la que están próximas a publicarse las *Obras completas* sobre «El pensamiento vivo de Blas José Zambrano».

no, otra figura de la vida española, es la de una ciudad, Segovia, en la que el autor vivió ese largo, inmenso tiempo que va desde el comienzo de la plenitud de la juventud, tiempo reacio como ningún otro a ser medido por meses y por años; tiempo eminentemente cualitativo lleno en demasía, vacío a veces, como el propio ser desbordante de vida y falto de ella. Una ciudad, pues, vivida entre el reiterado estar a morir y el reiterado ir a renacer que con tan poca tregua se suceden en esa inmensa época de la vida (*conditio sine qua non*), sin duda, de su crecimiento».²²

Entre 1909 y 1927 María Zambrano vivió en Segovia, y en esta ciudad hizo los estudios de enseñanza secundaria, como nos recuerda ella en la carta inédita que va en la parte segunda de este libro, dentro del «Epistolario» (1 de febrero de 1984). Conserva viva la memoria de sus profesores Moisés Sánchez Barbado, de latín, de Agustín Moreno, de historia natural, y no tanto de «el de filosofía», pues se ve que no recuerda el nombre, aunque mis investigaciones me han llevado a identificarle como Gregorio Bernabé Pedrazuela, en efecto, director del Instituto durante varios años; fundador del *Diario de Avisos* en 1899. Mayor efusión naturalmente le suscita Mariano Quintanilla —muy amigo de Machado y de su padre—, con motivo del cual le pedía yo una colaboración. En 1984 se cumplían los veinticinco años de la muerte de Quintanilla —la carta lleva fecha de 1 de febrero de ese año— y ello me llevó a solicitarle a María Zambrano dicha colaboración. El requerimiento no pudo ser atendido, por las cataratas que entonces sufría la escritora y a las que alude en su carta; pudo, sin embargo, dictar la epístola que acompaño y donde emocionadamente evoca el ambiente del Instituto en aquellos años. He podido también añadir

22. M. Zambrano, *España, sueño y verdad*, Edhasa, Barcelona, 1965, p. 10.

una prueba de que dice verdad cuando habla de su «brillantísimo expediente», puesto que aparece en el «Cuadro de Honor» del curso 1919-1920; también da prueba de ello el expediente académico de sus estudios, donde con frecuencia aparecen notas de matrícula de Honor, Sobresaliente o Notable.

Segovia quedó para siempre en la memoria onírica de nuestra pensadora, que por eso puede evocarlo en su ensayo «Un lugar de la palabra: Segovia», donde sitúa a la perfección los barrios —San Lorenzo, San Marcos, San Nicolás—, con sus monumentos más significativos: la Vera Cruz, la Fuencisla, san Vicente, Santa María del Parral... Así puede atestiguarlo cualquier conocedor de la ciudad castellana. No se olvida tampoco de las personas, pues el ensayo va dedicado «a la memoria de Juan Francisco de Cáceres y de Julián María Otero», dos de las personalidades resonantes en el ambiente literario de la época. Cáceres fue uno de los colaboradores de la revista *Manantial* y Julián María Otero (Segovia, 1887-1930), director de la misma —con Marcelino Álvarez Cerón—, uno de los espíritus más inquietos de aquel momento, muerto prematuramente, pero que se había hecho enormemente popular con un libro de fina sensibilidad: *Segovia. Itinerario sentimental* (1915), cuando apenas tenía veintiocho años.

En esa recreación onírica de Segovia, María Zambrano encuentra la raíz de su obra —el descubrimiento de la palabra, y yo diría que de la palabra poética— porque —como ella dice—: «no se pasa sin más por una ciudad y, si así es, no vale. La ciudad tiene su especial alquimia, su fuerza transmutadota. Y por ello la ciudad no es sólo historia, sino lugar de algo que la engendra, lugar de algo que aunque forme, como todo, parte de la historia, lo hace en un momento especial, sobrehistórico o metahistórico».²³

23. *Ibíd.*, p. 195.

Y son raíces hondas que tienen su origen en lo más sólido de la tierra, puesto que «oscuras y altas rocas a las puertas del espacio ciudadano se alzan ya. Rocas que tienen rostro, que miran desde un tiempo precedente, desde el origen».²⁴ En conclusión —que no puede admitir duda— Segovia está en los orígenes intelectuales de María Zambrano. Y si en Vélez-Málaga vio por primera vez la luz del mundo, en Segovia nació al mundo intelectual de la palabra.

24. *Ibíd.*, p. 198.

II. Vida itinerante y exilio

La vida de María Zambrano es una aventura intelectual que tiene un puerto de destino: el exilio. La metáfora del *homo viator* se hace realidad paradigmática en esta pensadora señera, y ello por imposición de unas circunstancias irreversibles e incontrolables. Es dado pensar —y se ha pensado muchas veces— que el exilio en ella fue producto de la guerra civil; sin negar lo que en ésta hubo de influjo decisivo, cabe también pensar que en ello hubo algo previo y determinante difícil de calificar. A intentar descifrar este enigma van dedicadas estas páginas.

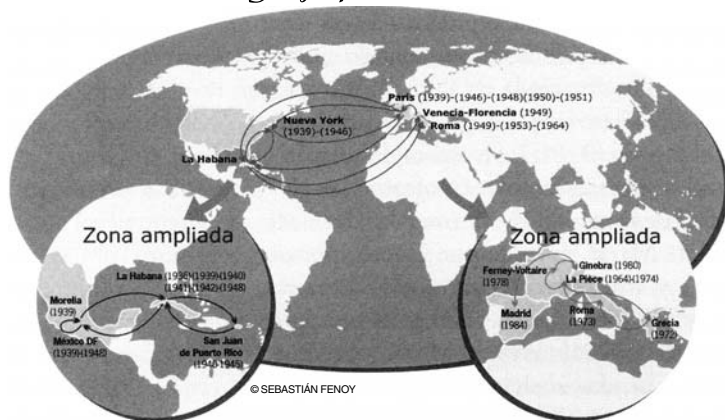
Es bien sabido que, a partir de cierto momento de su biografía, ella se instala en el exilio. Cuando en 1962 publica su «Carta desde el exilio» ese paso está definitivamente dado; un par de años después —agosto de 1964— se va a vivir en medio de la naturaleza a los pies del Jura francés. En una «ferme» llamada *La Pièce* vivirá quizá los catorce años más densos de esa aventura intelectual; allí brota de forma natural, como podría hacerlo una planta, su libro más emblemático: *Claros del bosque* (1977). Es la culminación de un recorrido iniciado en su más tierna infancia —y yo diría que quizá antes—, pues María pertenecía a una de esas familias que —como he descrito en otra parte—¹ llevan el *nisus migratorio* en el código genético. En cualquier caso, ella lo lleva en la sangre, lo

1. José Luis Abellán, «Los Gaos: una saga familiar eminente», en *El exilio como constante y como categoría*, Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 2001, pp. 134-136.

que le conducirá a una vida itinerante sin posible descanso. Jesús Moreno, tan buen conocedor de su obra, ha hecho explícita su «Geografía del exilio», documentando 28 viajes a lo largo de su vida, de acuerdo con el esquema que aquí reproducimos (véase *infra*).

Ahora bien, el exilio —como dije antes— fue en ella destino, que se hace plenamente consciente en la fecha ya señalada de 1962, pero cabe pensar que, de algún modo,

Geografía del exilio



Éstas son las fechas de los viajes por orden cronológico:

- | | |
|--|---|
| 1º) 1936 – La Habana y Santiago de Chile | 15º) 1951 – La Habana y Santiago de Chile |
| 2º) 1939 – Sur de Francia y París | 16º) 1953-1959 – Roma. Viajes a París |
| 3º) 1939 – Nueva York | 17º) 1959 – Trélex sur-Nyon, Suiza |
| 4º) 1939 – La Habana | 18º) 1960-1962 – Roma |
| 5º) 1939 – México DF | 19º) 1962 – Genainvilliers, París |
| 6º) 1939 – Morelia (México) | 20º) 1962-1964 – Roma |
| 7º) 1940 – La Habana | 21º) 1964 – La Pièce |
| 8º) 1940-1945 – Entre La Habana y San Juan (Puerto Rico) | 22º) 1972 – Grecia |
| 9º) 1946 – La Habana | 23º) 1973 – Roma |
| 10º) 1946 – Nueva York | 24º) 1974 – La Pièce |
| 11º) 1946 – París | 25º) 1978 – Ferney-Voltaire |
| 12º) 1948 – México DF, La Habana | 26º) 1980 – Ginebra (Suiza) |
| 13º) 1949 – Venecia-Floencia-Roma | 27º) 1984 – Madrid |
| 14º) 1950 – París | 28º) 1985 – Galapagar (Madrid) |

estaba predeterminada a él incluso antes del nacimiento. En su libro de memorias *Delirio y destino* (1989) escribe, hablando de su abuelo, que «murió pobre lejos de sus encinares de siglos». Y aún añade: «En él se había consumado algo, ella lo sabía, lo sintió siempre; una historia terrestre se había terminado. Sus padres habían sido ya “exiliados” en Castilla donde nadie de la familia había vivido, porque nadie había vivido “sin tierras”. Y había crecido así, sintiendo el destierro y el que había perdido el lazo con la tierra y con la pequeña historia familiar que ha quedado remota, cosa de fábula, de “otros tiempos”; cuando se ha perdido “la fábula”, ¿qué queda sino el pensamiento? Sí; desde la raíz de su vida la filosofía había sido “a falta de otra cosa”, la única manera, la solución única de vivir sin esas cosas, sin traicionarlas, de obedecer en esta libertad que deja el no ser nadie en parte alguna, de ser “uno más”».²

Ella misma confiesa, pues, que su vocación filosófica tiene su origen en ese sentir el destierro —aún sin haberlo vivido personalmente—, lo que luego prolongará sucesivamente en diferentes episodios de destierro y ruptura que ella llama «pasos». Esta palabra es ya una primera indicación de la perspectiva religiosa con que se van viviendo las diferentes experiencias. Desde luego, ya en su libro *Los bienaventurados* parece muy claro como la vivencia del exilio es el término final de esos sucesivos destierros. Así lo dice: «De destierro en destierro, en cada uno de ellos el exiliado va muriendo, desposeyéndose, desenraizándose. Y así se encamina, se reitera su salida del lugar inicial, de su patria y de cada posible patria que se le ofrece, corriendo delante de su sombra tentadora; entonces inevitablemente es acusado de eso, de irse, de irse sin tener ni tan siquiera adónde. Pues que de lo que huye el prometido al

2. *Delirio y destino*, Mondadori, Madrid, 1989, pp. 184-185.

exilio, marcado ya por él desde antes, es de un dónde, de un lugar que sea el suyo».³

Esta declaración es fundamental y quizá no haya sido tomada suficientemente en cuenta por los lectores de María Zambrano. Sin embargo, es decisiva para entender el sentido último de su vida y de su pensamiento: el mensaje de ese itinerario que queremos describir aquí y en el que se haya inscrita su definitiva lección filosófica.

El punto de partida del citado itinerario hay que situarlo en España, donde había heredado, sin saberlo, ese sentimiento del exilio. Pero en aquellos años —veinte y treinta del siglo pasado— la superación del exilio no venía a través del destierro, sino de la instalación en una España nueva, que vino a identificarse con la República —ésta era la España con la que soñaba, como dice en el capítulo «España despierta sonándose»—;⁴ y después cuando lo recuerda en su biografía lo hace «Recordando el futuro» —título de otro capítulo del mismo libro. «No se trataba de hacer política —nos dice—, sino de abrir paso o hacer que se abriera esa vida de España, recubierta por la falsedad oficial, por una continuidad inexistente, se había roto felizmente esa continuidad mortecina de la España de la Restauración, “sin pulso”».⁵ Ese sueño de la España futura —añade más adelante— era la que «no era todavía visible, la sentíamos más que la veíamos y teníamos ansia de verla, era necesario, absolutamente necesario que se hiciera de nuevo visible al mundo, recobrada, entera, dueña de sí; joven, despertada de su sueño de siglos; intacta, a pesar de su historia, más allá de su historia, real, presente...».⁶

3. *Los bienaventurados*, Ediciones Siruela, Madrid, 1990, pp. 37-38.

4. Es el título de uno de los capítulos de *Delirio y destino*, ed. cit.

5. *Ibíd.*, p. 38.

6. *Ibíd.*, p. 39.

Como ella misma dice, María Zambrano estaba «quemándose en una pasión de conocimiento y de acción atraída hacia un foco: España».⁷ Más adelante: «Era un movimiento nacido más que de la esperanza, de eso que la antecede: de la necesidad. La necesidad no permite que haya esperanza sino cuando anda en vías de satisfacer al muy necesitado, como el hambriento llega a no saber de qué padece; y es preciso que alguien le ofrezca el alimento adecuado para que comience a sentir lo que le falta. Y aun entonces, ha de transcurrir algún tiempo antes de que se le desate el hambre total, ese hambre trascendente que es el hombre total».⁸ Esa situación estaba llegando, y por eso dice: «El aire era transparente en España; había visibilidad y quien mirase».⁹ La alegría de la República cercana en aquella primavera de 1931, está próxima: «La angustia dejaba paso al despertar entre el despertar de aquella primavera madrileña, leve. El aire era ligero, el sol era claro y estimulante, brotaban las hojas, como si una inteligencia circulara entre todo, había insectos, se oían de nuevo los pájaros. Los elementos y sus criaturas formaban también un «sistema», una unidad circulaba a su través, una inteligencia viviente que está en todo, más allá de los límites que parecen mantener separados los seres en otras horas; un ritmo común que abarca desde el movimiento de los astros a la yerba que brota en el resquicio de las piedras, que hace girar dentro del mismo círculo a las constelaciones lejanas de diamantes y al jaramago de oro que había florecido en el alero del vecino tejado... La primavera que es más verdad en la pobreza. Diosa del despertar más visible en las criaturas sin brillo, en las tierras casi áridas, en

7. *Ibíd.*, p. 37.

8. *Ibíd.*, p. 78.

9. *Ibíd.*, p. 89.

el olmo seco que reverdece en tres hojas, en los que apenas respiran... despertar es respirar, ir respirando en el ritmo común de todo lo que respira».¹⁰

Aquel hechizo se deshizo; llegó la guerra civil, la derrota republicana y el tener que abandonar España precipitadamente. María se siente desgajada de la comunidad; cuando se encuentra sola con su marido en un cuarto de hotel, ya en suelo francés, es consciente de su diferencia respecto de aquellos viajeros amables que estaban de excursión; ahora no había ya posible engaño: «Eran diferentes. Tuvieron esa revelación: no eran iguales a los demás, ya no eran ciudadanos de ningún país, eran exiliados, desterrados, refugiados... algo diferente que suscitaría aquello que pasaba en la Edad Media a algunos seres “sagrados”: respeto, simpatía, piedad, horror, repulsión, atracción, en fin... eso, algo diferente».¹¹ Ha empezado el exilio, aunque de momento sólo lo siente como destierro, pues —como ella dice— «el encontrarse en el destierro no hace sentir el exilio, sino ante todo la expulsión».¹² Sólo sucesivos destierros nos avocarán a aquél: lo dice en el mismo escrito de forma muy clara: «De destierro en destierro, en cada uno de ellos el exiliado va muriendo, desposeyéndose, desenraizándose».¹³

He aquí, bien expresado, el exilio como destino, incluso desde antes del nacimiento del sujeto, como lo decíamos al comienzo de nuestra exposición, sin duda el misterio ancilar en la misteriosa vida de María Zambrano, pues fue ella la que rompió sucesivamente con esas posibles patrias. Seguir este itinerario, como nos proponemos aquí, es un viaje apasionante.

10. *Ibíd.*, pp. 96-97.

11. *Ibíd.*, p. 237.

12. *Los bienaventurados*, *loc. cit.*, p. 32.

13. *Ibíd.*, pp. 37-38.

En un principio, va a México, invitada por la Casa de España en México, como tantísimos españoles. En la capital apenas permanece, pues va a ser destinada a la Universidad de San Nicolás de Hidalgo, en Morelia (Michoacán); estando allí publicará dos libros fundamentales, que son la base de su pensamiento posterior: *Pensamiento y poesía en la vida española* (1939) y *Filosofía y poesía* (1939). Pero a principios de 1940 se traslada a La Habana, ciudad en la que ya había estado en dos ocasiones anteriores —en 1936, de camino hacia Chile; y en 1939, acercándose a México— y que ejercerá honda influencia en su biografía. En La Habana hará gran amistad con Lezama Lima y con todo el grupo de intelectuales que entonces componen la revista *Orígenes*; durante su estancia se labrarán amistades duraderas: Cintio Vitier, Gustavo Pittaluga, Jorge Mañach.

El viaje a La Habana parece que se había pensado como temporal, pero la realidad es que se convierte en una ruptura definitiva con México. Las causas son oscuras. De hecho, parece que desde el primer momento hubo algunos malentendidos; el Rector de la Universidad michoacana la consideraba como militante del Partido comunista y le asignó un curso sobre marxismo. Ella se negó a impartirlo y el Rector le recordó que «en México no existe la libertad de cátedra y que quienes la defienden lo hacen con el fin de eludir el mandato constitucional». ¹⁴ Esto hace que ella no se sintiera cómoda y marcha antes de terminar el año 1939 a La Habana a fin de dar unas conferencias; problemas de salud retrasan la vuelta a México y Daniel Cosío Villegas le envía un telegrama informándole de la ruptura del contrato. María Zambrano quiere preci-

14. Anthony Stanton, «Alfonso Reyes y María Zambrano: una relación epistolar», en *Homenaje a María Zambrano. Estudios y correspondencia*, El Colegio de México, México, 1998, p. 96.

sar la situación: «Me habla en su cable de “contrato”. Me interesa dejar aclarado que no he firmado ningún contrato, ni en la Universidad, ni, como Vd. Sabe, con La Casa de España. Le será fácil comprender que me interesa dejar claro esto; no quiero aparecer como cancelando un contrato de cuyas seguridades no he disfrutado».¹⁵

La ruptura con México le lleva al encuentro con las islas. Cuba y Puerto Rico la acogen con afecto entre 1940 y 1945. Ellas ocupan lugar central en su evolución intelectual; al considerarlas como lugares donde se vive la patria como espacio central, aunque fragmentado: «El vivir dentro del desierto, el encuentro con patrias que lo pudieran ser, fragmentos, aspectos de la patria perdida, una única para todos antes de la separación del sentido y de la belleza. Las Islas, lugar propio del exiliado que las hace sin saberlo allí donde no aparecen. Las hace o las revela dejándolas flotar en la ilimitación de las aguas posadas sobre ellas, sostenidas por el aliento que viene de lejos remotamente, aun del firmamento mismo, del parpadear de sus estrellas, movibles ellas por invisible brisa. Y la brisa traerá con ella algo del soplo de la creación».¹⁶

Ese lugar privilegiado de creación que son las islas para ella, lo ha visto F. Giner de los Ríos con agudeza: «María Zambrano se marchó muy pronto de México. Creo adivinar —más que una decepción, que sin duda sufrió porque La Casa de España no le dio su verdadero sitio entre otros colegas— que fue por razones y sentimientos más hondos. Aunque fascinada con el país, que era totalmente en serio una Nueva España, quiso escaparse —con todo lo que llevaba dentro y ha ido sacando a luz poco a poco, pero con paso seguro, con hondo sentido de lo que le latía en su sentimiento— a esas islas (o países que pueden serlo)

15. *Ibíd.*, p. 129.

16. *Los bienaventurados*, *loc. cit.*, pp. 41-42.

que siempre le han gustado y en que su corazón ha estado más a gusto, más al compás del pensamiento propio, de su visión de un mundo ya español del todo —la guerra civil y su desgarró le devolvió la patria justamente cuando la perdía— que marcaba ese camino definitivo en que tanto nos ha entregado ya». ¹⁷

El 7 de noviembre de 1944, en carta a Rafael Dieste, da cuenta de un descubrimiento definitivo, catalizador de su pensamiento: la razón poética; le dice textualmente: «Hace ya años, en la guerra, sentí que no eran “nuevos principios” ni “una Reforma de la Razón” como Ortega había postulado en sus últimos cursos, lo que ha de salvarnos, sino algo que sea razón, pero más ancho, algo que se deslice también por los interiores, como una gota de aceite que apacigua y suaviza, una gota de felicidad. Razón poética... es lo que vengo buscando. Y ella no es como la otra; tiene, ha de tener muchas formas, será la misma en géneros diferentes».

Pero no puede detenerse ahí. Como ella misma escribió años después: el exiliado ha de «irse despojando de sinrazones y hasta de razones, de voluntad y de proyectos. Ir despojándose cada vez más de todo eso para quedarse desnudo y desencarnado y tan solo y hundido en sí mismo y al par a la intemperie, como uno que está naciendo; naciendo y muriendo al mismo tiempo, mientras sigue la vida. La vida que le dejaron sin que él tuviera culpa de ello; toda la vida y el mundo, pero sin lugar en él, habiendo de vivir sin poder acabar de estar, cosa tan necesaria». ¹⁸

Era necesaria, pues, la ruptura con América y re-
encontrarse con Europa, aunque ésta estuviese en «ago-

17. F. Giner de los Ríos, «Recuerdos de María Zambrano y su destierro en México», en *Philosophica Malacitana*, vol. IV, 1991, p. 149.

18. «Carta sobre el exilio», en *Cuadernos del Congreso por la libertad de la cultura*, n.º 49, París, 1961, p. 66.

nía». Las cartas a Araceli son a este respecto reveladoras. Se confiesa sobre su inestabilidad laboral y le dice a su hermana: «Os he querido evitar lo que yo aquí padezco, el desencanto de América. Quizá parte de la culpa sea mía, nuestra, es posible... pero no somos los únicos en estar así. Gente como el Dr. Pittaluga están igual, aunque con manejo de más dinero, pero por necesidades de su profesión y categoría, pasando muchos más apuros que yo y sufriendo más de la frialdad del ambiente. (No lo digáis pues yo no sé si le gustaría.) En estos momentos él no tiene sino la consulta, muy boicoteada por los médicos de aquí. Y nada, nada fijo. [...] ¿Cómo explicar lo que es América? Si tuviese que elegir una palabra sería ésta: desolación. Aparte de todo nuestro problema, me gustaría que lo supieran las gentes de ahí, que aún sueñan con el “Paraíso perdido” americano. Díselo a tu amigo Fernando, pues es muy de europeos inteligentes esperarlo todo del Nuevo Mundo, que no es mundo todavía y que no es nuevo. [...] El clima es agobiante de calor. En Cuba tres meses de invierno dulce, agradable, y nueve de sudar continuo, sin tregua y solana a todo trapo. Puerto Rico sin invierno de ninguna clase» (carta del 27 de diciembre de 1945).

María Zambrano siente imperiosamente la llamada de Europa, y la piedad hacia la hermana, que está a punto de tomar una decisión suicida irrevocable, hace irresistible esa llamada; le recuerda un episodio de Madrid, cuando eran muy jóvenes: «Eran las cuatro de la tarde y había un amarillo horrible; habíamos visto detenerse los carros de la carne frente a las carnicerías y bajar chorreando de sangre triste los cuerpos de las reses..., y sentimos una inmensa tristeza por todo, por la gente y por los animales, por las bestias sacrificadas cuando vivían felices y por el dolor atroz que llena el universo y la injusticia... Si, las he recordado mucho y pensado que algo así debió ser lo que el príncipe Buda sintiera y que le hizo abandonar su pala-

cio y sus placeres y ser un peregrino... pero esa inmensidad de piedad puede llevar al suicidio, a ese suicidio que es mucho peor que el instantáneo, que es de cada instante y de cada hora y lo entrega todo, todo: la dignidad, el honor, el respeto, el amor, la ilusión, el propio cuerpo dado por piedad y la propia alma negándose a sí mismas... No, hermana, ten piedad también de ti, piensa en tu persona que adoramos tanto desde chiquita, en aquella flor que has sido y que tanta alegría trajo a nuestra casa, porque tú fuiste como un regalo que Dios enviara a nuestra casa, pobre y no muy alegre. Yo siempre he visto en ti la compensación para nuestros padres de todo lo que yo no podía llevarles, la alegría, la belleza, la ternura, la bondad inmensa. No, hermana, yo no puedo soportar que tú te echés de cabeza a un abismo que no tiene fondo».

La simbiosis con la hermana se une así al rechazo de América y el atractivo por París. Sobre el amor a la capital de Francia se extiende en varios pasajes de sus cartas; por ejemplo, en una del 20 de marzo de 1946, dice: «El mundo está monstruoso hoy y —créeme, hermana, créemelo— si pensáis que tengo inteligencia concédeme algún crédito; si ahí, donde estás, en París, capital de Francia, no encuentras libertad sana, posibilidad de vivir libremente y decentemente, no lo encontrarás en ninguna parte del planeta. Te lo juro y te lo podría demostrar con razones y HECHOS, pero por carta es imposible».

La atracción del exilio, el sentimiento de no ser de este mundo, se impone, sin embargo, por encima de todo, y así se lo dice a la hermana en la misma carta: «Más que conocerte, revivo lo que tú vives, siento lo que pasa por ti como si por mí pasara. Pocas hermanas habrá así... y si te escribí la primera carta cortante era como me hubiera tratado a mí misma, solamente que haciéndome más daño. Sé nuestro modo común de ser; tan extraño en este mundo. Y es que ni tú, ni yo, ni mamá y papá, somos de “este

mundo”, y es milagroso que no nos hayan sucedido cosas peores, a veces veo en ello la acción innegable de la Providencia, pues tan extraños como somos y tan distintos de los demás... con esta misericordia que nos devora y que nos hace consumirnos y ser los peores enemigos de nosotros mismos».

En cualquier caso, el traslado a Europa está ya decidido, si bien todavía habrá un intento de reinstalarse en América entre 1950 y 1953, pero el impulso europeo se impone definitivamente. En poco menos de cuatro meses redacta lo que será su libro *Delirio y destino* con vistas a un premio convocado por el Institut Européen Universitaire de la Culture (París); cuando piensa retrospectivamente porque lo hizo, dice: «Puede que inconscientemente respondiera a una llamada misteriosa del viejo continente».¹⁹

María Zambrano se siente europea, y europea hasta la médula; de aquí el rechazo hacia tantas posibles patrias americanas. Como luego veremos, su itinerario hacia el exilio definitivo es inexorable, pues tampoco en Europa va a sentirse cómoda. Y es que —como ella misma dice en la carta antes citada— María Zambrano “no es de este mundo”. En cualquier caso, regresa definitivamente a Europa; en Roma vivirán las dos hermanas once años de su vida; se sienten cómodas con un grupo de amigos italianos y españoles, aunque siempre con dificultades económicas y problemas editoriales para publicar.

Europa está en crisis, pero María sabe que sólo de la angustia europea podrá brotar la esperanza hacia un futuro mejor. Hay que apurar el cáliz. Una vez más revive lo que escribiera hace ya muchos años, en plena guerra mundial: «tratando de encontrar la esencia de eso que llamamos Europa, de eso que por nada aceptamos —seguir vi-

19. *Delirio y destierro*, p. 12.

viendo nuestra vida sin su vida—, buscaremos también el principio de su posible resurrección. En suma, y dicho con cierta audacia de la que sólo el amor nos dispensa: Europa no ha muerto, Europa no puede morir del todo: agoniza. Porque Europa es tal vez lo único —en la Historia— que no puede morir del todo; lo único que puede resucitar. Y este principio de su resurrección será el mismo que el de su vida y el de su transitoria muerte».²⁰

Europa tendrá que pasar la noche oscura del alma, es decir, exiliarse de sí misma también, como se exiliaron los judíos en Alemania, los liberales en Italia, los rusos blancos en Rusia y los republicanos en España. A éstos, por cierto, pertenecía María Zambrano, de modo que en Roma va a vivir marginada, en aquella posguerra que tanto trabajo costará superar, rodeada de un grupo de amigos fieles italianos —Elena Croce, Elemere Zolla, Victoria Guerini— o españoles —Ramón Gaya, Diego de Mesa, Enrique de Rivas, Rafael Alberti, Jorge Guillén, Chimo Verdú, que la visita con frecuencia. Allí va a conocer a gente bastante más joven que ella que visita Roma en alguno de aquellos años: Agustín Andreu, Carlos Barral, Jaime Gil de Biedma... María Zambrano y su hermana Araceli se rodean de gatos —su «corte felina», la llamó Alberti— que le crearán serios problemas, hasta el punto de obligarla a salir de Italia. Un vecino fascista de su casa de Lungotevere Flamino les denunció por alterar la convivencia, lo que se tradujo en una orden de expulsión fulminante; aunque pudieron retrasar algo esa orden de expulsión, no pudieron en último extremo evitarla. En el recuerdo necrológico que Alberti le dedica, dos veces aparecen los gatos: en su casa romana de la Piazza del Popolo, «inundadas todas las habitaciones de su apartamento por un imparable deambular de los más dispares gatos, ca-

20. *La agonía de Europa*, Editorial Trotta, Madrid, 2000, p. 42.

paces de formar todos ellos juntos el más completo arco iris gatuno»; vuelven a aparecer también en la despedida que María Teresa y Rafael les hacen al salir de Roma. «María —dice Alberti— iniciaba la partida hacia el pequeño caserío francés de *La Pièce*, en la frontera suiza, con toda su corte felina a cuestras maullando desde el interior de una especie de mínimas jaulas» (*Diario 16*, 7 de febrero de 1991).

El episodio puede parecer una anécdota banal y, sin embargo, no lo es, pues revela la profundidad con que se había instalado en ella el sentimiento de piedad extensible a los animales. No se ha prodigado mucho Zambrano en este aspecto de su pensamiento, pero no deja de haber alusiones diversas a ello en distintos lugares de su obra. Uno de esos lugares es su ensayo «El camino recibido», donde habla de las bestias como «habitantes propios de la tierra» así como el hombre sólo sería un «residente», es decir, «un extraño huésped dominador». Allí mismo escribe: «Los animales que se insinúan, que sugieren hasta llegar a los que enseñan, han sido desde los tiempos llamados prehistóricos tenidos aparte en la humana consideración, protagonistas de mitos llegados hasta hoy en diversas maneras, pájaros y peces especialmente, es decir animales habitantes de otro elemento. A través de ellos el hombre ha conservado o restaurado una relación con esos medios naturales que no son su patria habitable, más de la que parece guardar la nostalgia, como si en un tiempo, y de un modo que la imaginación trata de figurar, hubiera sido si no propiamente su patria, al menos un lugar accesible, frecuentable para él. Como si las puertas que sellan el elemento agua y el elemento aire y fuego no hubiesen sido siempre herméticas, y el reino que encierran amenazador. El animal que en estos medios habita, real o mitológico, siempre simbólico, es quien transmite al ser humano mensajes, se-

ñales de un saber para él extraño; así es el animal el ser más cualificado para ello».²¹

El itinerario biográfico de la ilustre pensadora la va «expulsando del mundo», de acuerdo con su premonición: «no somos seres de este mundo». La retirada a la soledad del campo en *La Pièce* es su ruptura con la sociedad. María Zambrano que empezó su vida profesional como filósofo, vinculando su filosofía a la poesía, acaba convirtiéndose en mística.

La razón pura —producto arquetípico de la Ilustración—, que es la expresión emblemática de la razón europea, nos ha conducido a una violencia insoportable, como han dejado claro las dos grandes guerras del siglo XX. La racionalidad llevada a su último extremo nos ha conducido en Europa a la desesperación y hasta el posible suicidio; de aquí que —sin abandonar la razón— nos veamos obligados a superarla, de forma que pueda ser superada la divergencia entre la *razón humana* y el *mundo natural*, y así viene a expresarlo en su temprano ensayo *La reforma del entendimiento*, donde dice: «Esta trágica divergencia puede dar origen a una actitud místicamente irracionalista, casi a un culto de la irracionalidad, fenómeno del que existen abundantes muestras en el mundo occidental europeo. Actitud que bajo apariencias heroicas oculta una profunda falta de valor y un absoluto descreimiento en el porvenir del hombre y cuya última raíz sería la desesperación. Pero del largo pasado racionalista nos ha quedado la prueba de que la razón ha podido alcanzar resultados positivos. Se trataría, por tanto, de descubrir un nuevo uso de la razón, más complejo y delicado, que llevara en sí mismo su crítica constante, es decir, que tendría que ir acompañado de la conciencia de la relatividad. El carácter de absoluto atribuido a la razón y atribuido al ser es lo

21. *Notas de un método*, Mondadori, Madrid, 1989, p. 33.

que está realmente en crisis, y la cuestión sería encontrar un relativismo positivo. Quiere decir que la razón humana tiene que asimilarse el movimiento, el fluir mismo de la historia, y aunque parezca poco realizable, adquirir una estructura dinámica en sustitución de la estructura estática que ha mantenido hasta ahora. Acercar, en suma, el entendimiento a la vida, pero a la vida humana en su total integridad, para lo cual es menester una nueva y decisiva reforma del entendimiento humano o de la razón, que ponga a la razón a la altura histórica de los tiempos y al hombre en situación de entenderse a sí mismo».²²

Los años de *La Pièce* van a constituir la culminación del itinerario que estamos describiendo en este ensayo. Allí se instala existencialmente en el exilio, que se convierte en categoría definitiva de su vida. Así lo describe: «No tener lugar en el mundo, ni geográfico, ni social, ni político, ni —lo que decide en extremo para que salga de él ese desconocido— ontológico. No ser nadie, ni un mendigo: no ser nada. Ser tan sólo lo que no puede dejarse ni perderse, y en el exiliado más que en nadie. Haberlo dejado de ser todo para seguir manteniéndose en el punto sin apoyo ninguno, el perderse en el fondo de la historia, de la suya también, para encontrarse un día, en un solo instante, sobrenadándolas todas. La historia se le ha hecho como agua que no lo sostiene ciertamente. Por el contrario, por no sostenerse en la historia se le ha hecho agua nada amenazadora. No es ya piélago, ni menos océano que pide siempre ser surcado, es más bien agua a punto de ser tragada».

Allí, en la soledad de la naturaleza, en medio de aquel desierto espiritual, va a encontrar su verdadera patria, haciendo de aquella situación el eje definitivo de su vida: «el

22. «La reforma del entendimiento», en *Los intelectuales en el drama de España*, Editorial Hispamerca, Madrid, 1977, p. 93.

exilio logrado». Como nos dice en bellísima página: «Tiene la patria verdadera por virtud crear el exilio. Es su signo inequívoco. Y así, en cuanto aurora en la historia, en cuanto se da a ver mínimamente han de irse de ella. Y luego en la historia apócrifa sigue, en los que dentro y bajo ella más bien se despiertan un día exiliados. No hay opción para ellos: o no se despiertan o se despiertan ya en el exilio. Y así revela igualmente esa patria verdadera siempre incipiente, siempre al nacer, lo apócrifo de la Historia. Sólo en algunas islas emerge la verdadera y ella *crea* el exilio».²³

Esta referencia, en las últimas líneas, a las «islas» nos remite a momentos anteriores de su biografía, durante su estancia en Cuba y Puerto Rico, pero es ahora cuando construye su verdadera «isla». *La Pièce*, en mitad del continente europeo, es vivida como tal. Por eso termina allí de escribir *La tumba de Antígona*, una obra en gran parte antibiográfica, puesto que ella se identificó con la figura de «Antígona»; también María Zambrano se vio enterrada en vida e identificó su itinerario biográfico como un rito sacrificial. Una vez más nos viene a la mente la imagen del cordero que la antecedía en su salida de España por los Pirineos al fin de la guerra civil. Por eso dice la investigadora danesa Ana Bundgaard que «el exiliado, como Cristo, es el cordero inmolado en aras del Verbo divino».²⁴ Y la propia Zambrano reafirma: «Se puede ir en la misma procesión siendo el primero, que en el orden litúrgico es el último el que cuenta. Se puede ser de una filiación, de la filialidad: la del cordero».²⁵

23. *Los bienaventurados*, loc. cit., p. 43.

24. Ana Bundgaard, «El exilio como patria verdadera en el pensamiento de María Zambrano», en Alicia Alted y Manuel Llusá (dir.), *La cultura del exilio republicano español de 1939*, Actas del Congreso «Setenta años después», UNED, Madrid, 2003, vol. I, pp. 563-569.

25. «El saber de experiencia», en *Las palabras del regreso*, Amarú Ediciones, Salamanca, 1995, p. 17.

Es en esos años de *La Pièce* cuando el exilio se convierte en situación irreversible, al considerarlo como «patria de destino», aunque ella prefiere decir «patria verdadera». María Zambrano no podrá ya renunciar a su exilio, aunque vuelva después a España; por eso dirá: «Amo mi exilio», y lo fundamenta así: «Hay ciertos viajes de los que sólo a la vuelta se comienza a saber. Para mí, desde esa mirada del regreso, el exilio que me ha tocado vivir es esencial. Yo no concibo mi vida sin el exilio que he vivido. El exilio ha sido como mi patria, o como una dimensión de una patria desconocida, pero que una vez que se conoce, es irrenunciable. Confieso, porque hablar de ciertos temas no tiene sentido si no se dice la verdad, confieso que me ha costado mucho trabajo renunciar a mis cuarenta años de exilio, mucho trabajo, tanto que, sin ofender, al contrario, reconociendo la generosidad con que Madrid y toda España me han arropado, con el cariño que he encontrado en tanta gente, de vez en cuando no duele, no, no es que me duela, es una sensación como de quien ha sido despellejado, como san Bartolomé, una sensación ininteligible, pero que es».²⁶

El tiempo vivido en aquella particular «isla» del Jura francés se convierte en la transgresión de una frontera invisible y a la que probablemente había aspirado siempre. Las categorías de tiempo y espacio se alteran; éste prácticamente deja de existir y aquél se convierte en sede de «sueños» y «delirios», de los que nos ha dejado numerosos en sus escritos: *España, sueño y verdad* (1965), *El sueño creador* (1965), *Los sueños y el tiempo* (1972)... Quizá lo sustancial de este periodo es haber ingresado en una vía mística *sui generis*, de la que nos dejará testimonios y constancias de lo que podemos llamar su peculiar universo iniciático. Es un discurso poético, desde luego, aunque

26. «Amo mi exilio», en *Las palabras del regreso*, loc. cit., pp. 13-14.

alimentado por una profunda vivencia mística. Los lugares simbólicos de su itinerario intelectual —Platón, Séneca, Agustín, Job, Pitágoras, Orfeo— convergen en unidad y cobran vida, aunque presididos siempre por la figura de Antígona, arquetipo ejemplar de su propio exilio. Se cumple así en el exilio el destino, no ya de su vida, sino de aquella saga familiar que empezó con sus abuelos «destruidos» en Castilla. Vida itinerante y exilio aparecen así vinculados por un impulso trascendente que está más allá de toda circunstancia concreta.

This page intentionally left blank

III. Las cartas a Araceli

A medida que profundizamos en el conocimiento de la obra y del pensamiento de María Zambrano, vamos cobrando conciencia de la profunda vinculación de todo ello con las «circunstancias» de su vida. Desde muy pronto intuí el peso decisivo que había tenido la influencia del padre en el desarrollo filosófico de la pensadora malagueña. En efecto, al cabo de los años se ha visto de forma palpable y atestiguada lo acertado de aquella intuición. El profesor José Luis Mora se empeñó en una labor minuciosa de pesquisa, recabando información sobre las peripecias intelectuales de don Blas Zambrano, que ha culminado en una magnífica edición de su obra escrita, a través de la cual se evidencia dicha influencia. Muchas de las ideas y de las intuiciones filosóficas que luego desarrollará la hija están ya presentes en los escritos del padre. Hoy esto es un hecho establecido.

En ese apego a la «circunstancia» inmediata está una de las claves de su filosofía, y con ello demuestra María Zambrano ser buena discípula de su maestro, Ortega y Gasset. Había escrito éste en el Prólogo a una edición de sus obras la frase siguiente: «Yo soy yo y mi circunstancia». Esta expresión que aparece en mi primer libro y que condensa en último volumen mi pensamiento filosófico, no significa solo la doctrina que mi obra expone y propone, sino que mi obra es un caso ejecutivo de la misma doctrina. Mi obra es, por esencia y presencia, circunstancial».

He aquí una aseveración que cabe aplicar, enteramente y sin paliativos ni atenuantes, a su brillante discípula,

en el bien entendido que la circunstancia zambranaiana nada —o muy poco— tiene que ver con la orteguiana. Es cierto que ambos vivieron elementos comunes, ampliamente compartidos —amor a la filosofía, guerra civil, exilio—, pero la perspectiva y el ánimo con que dichas circunstancias fueron vividas, dista mucho de parecerse en uno y otro caso. Ortega, que había ayudado a traer la República, se distanció mucho de ella y vivió a partir de entonces en un deliberado silencio y alejamiento de toda actividad política. Por el contrario, María Zambrano se comprometió de una forma activa —y aun apasionada— con la República española. Regresó de Chile en plena guerra civil para estar cerca del pueblo, involucrándose en la defensa de la causa republicana. Su colaboración en *Hora de España* y su testimonio personal en un libro comprometido —como es *Los intelectuales en el drama de España*— lo acreditan sobradamente. Al final de la guerra —y tras la derrota republicana— marchó a un exilio definitivo, apurando el dolor hasta el sacrificio personal en el destino impuesto por la defensa de sus convicciones y de su autenticidad personal.

Esto es lo que nos revelan las cartas a su hermana Araceli, depositadas en la Fundación María Zambrano. Desgraciadamente estas cartas distan mucho de ser la colección completa que hubiéramos deseado, pero es lo que tenemos, y no viene ahora al caso dilucidar las razones por la que sólo tenemos esto. Pero lo que tenemos es suficientemente importante para que lo demos a conocer a los interesados. Existen tres bloques claramente diferenciados. Una correspondencia continuada durante todo el año 1945; la primera del 20 de febrero y la última del 27 de diciembre. Este bloque es particularmente importante, porque abarca un periodo decisivo de su biografía, terminada ya la II Guerra Mundial y en la expectativa de decidir su futuro. Sería interesante saber qué pasó duran-

te los años de aquella contienda, particularmente dramáticos para los tres miembros vivos de la familia —el padre había muerto en Barcelona el año 1938—, pero nada se nos ha conservado al respecto. Es posible que el contacto se hubiese mantenido a través de miembros de la Cruz Roja interpuestos al efecto, para no comprometer la seguridad de ninguno de los corresponsales. Era el método arbitrado por la citada institución internacional en los casos de conflicto bélico, y así se hizo también durante la guerra civil española para mantener el contacto entre miembros de las familias que estaban a uno u otro lado de las partes contendientes. La toma de París, donde estaban la madre y la hermana de María Zambrano, no tuvo lugar hasta el 24 de febrero de 1944, y sólo pasado el año pudo producirse la liberación de Francia, por lo que resulta lógico que una correspondencia normal se estableciese a principios de 1945.

El segundo bloque de cartas abarca desde el 1 de enero de 1946 hasta el 12 de septiembre del mismo año, fecha en que María consigue un pasaje para volar desde Nueva York a París y reencontrarse con madre y hermana, aunque cuando llegue se encontrará con que la madre había muerto ya. El abrazo entre las hermanas debió ser dramático, tras la persecución y tortura a las que Araceli fue sometida por los nazis, que tenían prisionero a su marido, Manuel Núñez, comunista, en la cárcel de *La Cité*. La GESTAPO acabó entregándole a la España de Franco, donde fue fusilado. El relato que María pone en labios de Araceli es escalofriante, cuando le dice textualmente que no quiere creer en la realidad: «Yo no quiero creer, te parecerá cobarde, pero no tengo otra solución; no puedo, me resisto a creer en ella. La sueño por las noches, me hace ir con terror a la Cité y pasar delante de aquel Palacio de Justicia donde le vi pasar ante los jueces que concedieron su extradición, aunque nunca la firmó el ministro. Sí; dos

años de angustia y el final ya lo sabes. Sí; la realidad, esa que quiero no creer, me abruma cuando he de tomar el metro, el que me llevó durante aquellos dos años a la Cárcel de la Santé, el mismo que tuve que tomar la mañana que no aceptaron mi paquete de ropas y alimentos: “No es necesario, ha salido para España”. Lo que me hace dar un rodeo para no pasar por delante del Hotel Lutecia, uno de los ocupados por la GESTAPO. Pero eso no es real, quizá algún día me digan que es mentira, que ha sido sólo mi imaginación o mis nervios... No, no; para que algo sea verdad tiene que tener su razón. Estas cosas no pueden ser verdad y, sin embargo, me han pasado, nos han pasado a todos, aquí en esta Europa que no sabía amarse tanto». Tras el escalofriante relato, el abrazo entre las hermanas fue un sello definitivo: «Ellas dos hacían una sola alma en pena», dice María.

De hecho, las hermanas no van ya a separarse más, y esto se nota en la correspondencia. Hay sólo un par de cartas el año 1954 y, aunque hay un tercer bloque de cartas del año 1962 —desde enero hasta marzo—, apenas reflejan más que penurias económicas y dificultades de permanencia en Roma. Al fin, en agosto de 1964 se instala en *La Pièce*, una *ferme* en las estribaciones del Jura, junto a la frontera con Suiza. En la carta del 1 de enero de 1962, María le dice literalmente a Araceli: «El amor huyó de nosotras, o lo echamos». Son dos seres marginados por la vida, y en medio de su estrechez llama la atención la heroica disposición de la filósofa luchando por la expresión de su pensamiento a través de libros que luego le resultan difíciles de publicar y apenas le dan dinero. Es curioso que, en este manojito de correspondencia, no haya cartas de Araceli; se supone que, siendo su hermana la recipiendaria, algo debería haberse encontrado en su archivo. Pues, bien, nada... absolutamente nada. Quizá esta ausencia nos hable ya por sí sola de la dependencia —económi-

ca y moral— que Araceli tenía de su hermana, tanta que acaba convirtiéndose en lo contrario: dependencia de María respecto de Araceli. Es muy ilustrativo lo que al respecto nos cuenta Jesús Moreno, el mejor biógrafo de la pensadora; dice éste que Araceli, ingresada en la Clínica Belair, de Ginebra, y en proceso agonizante tras una aguda tromboflebitis, le suplica a su hermana con tinte dramático: «María desenróscate, que te prendes a mí como una serpiente. ¡Déjame morir!».

Esta inversión en la concepción del mito clásico de Antígona es fundamental para entender el proceso creador de la filosofía. Araceli había sido concebida como tal en un primer momento cuando permanece en la Francia ocupada por los nazis, y así nos lo dice en *Delirio y destino*; al llegar a París, en septiembre de 1946, relata María hablando en tercera persona: «Y se encontró a solas con su hermana, ya que la madre había bajado a tierra dos días antes de que el avión la depositara en Orly. La había llamado Antígona, durante todo este tiempo en que el destino las había separado, apartándola a ella del lugar de la tragedia, mientras su hermana —Antígona— la arrostraba. Comenzó a llamarla así en su angustia, Antígona, porque, inocente, soportaba la Historia; porque habiendo nacido para el amor la estaba devorando la piedad. Porque no había conocido más acción que la piadosa, sin mezcla ni esperanza. Sí, ella sentía haber vivido y vivir la historia en la esperanza sin ambición; la hermana había vivido aún sin esperanza, sólo por la piedad. Había mantenido con ella infinitos diálogos, le había hablado noches interminables de insomnio cuando no sabía su paradero, si en tierra de Francia, si en lugar ocupado o no ocupado, si en país más libre del terror, aunque no de la guerra, si en algún campo de concentración. La sentía llorar abrazada a la madre ya menor que ella, necesitada de protección. Y como ella le había hablado tanto, ya no hallaba

palabra que decirle, sólo una persistente interrogación informulada casi siempre. Esperaba de ella la revelación de todo aquel dolor, el suyo propio y el de todos, la revelación entrañable de la noche oscura de Europa que ella había tenido que vivir, sin tregua, en la vigilia. Una conciencia inocente que vigila movida por la piedad; sí, Antígona» (*Delirio y destino*, p. 261).

Pero la piedad es contagiosa, y María se va a ir reconvirtiéndose en su propia Antígona. El sentimiento de la piedad la invade y se entraña en lo más hondo de su ser; de ahí las profundas reflexiones sobre este sentimiento que aparecen ya en *El hombre y lo divino* (1955) y que le llevarán más tarde a escribir *La tumba de Antígona* (1967). La piedad es el sentimiento religioso que converge con su condición de exiliada, inspirando una actitud mística que está en lo más hondo de su libro emblemático: *Claros del bosque* (1977). La estrecha vinculación entre filosofía, poesía, religión, alcanza aquí su máxima expresión, dando sentido a todo un proceso filosófico de creación propia y original, y donde las reflexiones sobre el sueño y el tiempo se convierten en el eje neurálgico de sus últimas preocupaciones. En estas reflexiones palpitan las angustias por el destino de la hermana —perdida en 1940 en las convulsiones de la guerra europea— que se convierten a su vez en angustia por el destino de Europa: *La agonía de Europa* (1945).

IV. La España soñada

La palabra «sueño» es equívoca. En general y de forma habitual, la relacionamos con el hecho de dormir. Pero, como muy bien sabemos, el sueño puede producirse en plena vigilia; en el lenguaje coloquial aludimos a ello cuando nos referimos a un «soñar despierto». Y es precisamente este tipo de sueño el que de algún modo define el exilio de María Zambrano.

Antes de hablar de ello conviene, pues, dejar claro cuál fue ese tipo de exilio. En otro estudio, he distinguido tres clases distintas de exilio: el exilio como «destierro»; el exilio como «transtierro» y el exilio propiamente dicho.¹ María Zambrano no se sintió desterrada, ni transterrada; ella fue el arquetipo de la exiliada, es decir, el de un ser que, por haber perdido toda vinculación a tierra alguna, se siente «de ninguna parte». Este flotar en tierra de nadie es el exilio propiamente dicho. Entre los exiliados españoles muy pocos tuvieron esa vivencia trágica; la mayoría de ellos siguieron vinculados a España por la nostalgia, sintiéndose «desterrados» de ella. Una parte también importante buscó «refugio» en el país de adopción —generalmente, un país latinoamericano— y se sintió «transterrada» en él; por eso, en México se les llamó «refugiados», una expresión muy significativa de su situación existencial, como he mostrado en otro lugar.²

1. Véase: José Luis Abellán, «Tres figuras del “desgarro”: refugiado, desterrado, exiliado», en *El exilio como constante y como categoría*, Ediciones Biblioteca Nueva, Madrid, 2001, pp. 45-57.

2. José Luis Abellán, «El exilio de 1939: La actitud existencial del transterrado», en *El exilio como constante y categoría, op. cit.*, pp. 85-95.

La vivencia del exiliado propiamente dicho no es la del «destierro», ni la del «transtierro», sino la de un flotar en el aire sin raíces. Esto es lo más propio del exiliado —ser un desarraigado—,³ y precisamente por eso se siente *vocado* a la trascendencia. En esta línea se mostró también otro gran exiliado —Luis Cernuda—, otro que «no quiso volver nunca».

¿Volver? Vuelve el que tenga,
Tras largos años, tras un largo viaje,
Cansancio del camino... ..

Mas ¿tú? ¿Volver? Regresar no piensas,
Sino seguir libre adelante,
Disponibile por siempre, mozo o viejo,
Sin hijo que te busque, como a Ulises,
Sin Ítaca que aguarde, y sin Penélope.

Estos versos de Cernuda bien podía haberlos escrito también María Zambrano, que se siente proyectada a la trascendencia mística, como el poeta sevillano, que encuentra en Hölderlin el eco de sus anhelos metafísicos. En «La visita de Dios» recuerda la fe de su infancia y siente su ausencia con honda nostalgia.

A ti Dios, ¿con qué te aplacaremos?
Mi sed eras tú, tú fuiste mi amor perdido
... ..
Uno tras otro iban cayendo mis pobres paraísos
¿Movi6 tu mano el aire que fuera derribándolos
Y tras ellos, en el profundo abatimiento, en el hondo vacío,
Se alza al fin ante mí la nube que oculta tu presencia?

3. Precisamente por eso María Zambrano prefiere la expresión «desgarro» para referirse al exilio, pues ninguna otra refleja mejor que esa lo que éste tiene de «desgarramiento» o «desarraigo».

Dios se aparece, pues, en este poema, aunque oculto por una nube. A partir de ese momento se produce en Cernuda una exaltación mística de la belleza y de los sentidos que eleva a nivel metafísico su inquietud por la trascendencia y el más allá, vínculo que le une, después de todo, con España como un ente soñado. Así lo dice:

Hoy, cuando a tu tierra ya no necesitas,
Aún en estos libros te es querida y necesaria,
Más real y *entresoñada* que la otra;
No ésa, mas aquélla es hoy tu tierra.

Los libros a que alude son las novelas de Galdós y de Cervantes, de la misma manera que un poco antes ha evocado líricamente al Monasterio del Escorial: ésa es la España soñada a la que también se acoge María Zambrano en el limbo de su exilio.

Aunque hay una diferencia, como filósofa que es, y es que María elabora teóricamente el «sueño creador» en que ambos se refugian. El libro de ese título —*El sueño creador*— es simultáneo a otro titulado *España, sueño y verdad*; en éste nuestra pensadora medita sobre las grandes referencias de la «España eterna»: Cervantes, Galdós, Segovia, Ortega y Gasset...; grandes mitos que hacían vivir creadoramente a nuestra pensadora.

Por eso, se ve intelectualmente obligada a meditar sobre ese «sueño creador» que define a la pensadora exiliada.

A los sesenta años —1964— se ha producido ya la depuración psicológica y sentimental que le permite situarse en el exilio. El proceso de desnudamiento —como *la noche* de los místicos— se va produciendo poco a poco. «De destierro en destierro, en cada uno de ellos el exiliado va muriendo, desposeyéndose, desenraizándose. Y así se encamina, se reitera su salida del lugar inicial, de su patria y de cada posible patria, dejándose a veces la capa al huir de la seducción de una patria que se le ofrece, co-

riendo delante de su sombra tentadora...»⁴ Así pasa María por México, por Cuba, por Puerto Rico, por Francia (París), por Italia (Roma)... Cuando se instala en «La pièce» el proceso ha culminado.

Es ahí donde escribe *El sueño creador*, en cuyo comienzo se dice: «Soñar es ya despertar. Y por ello hay un soñar que despierta la realidad aún dormida en los confines de la vigilia: en esa tierra donde la conciencia no se aventura; el espacio extraconsciente, en cuya frontera la atención acude sin ser notada, extremando su vigilia; fronteras de seguridad que el “yo” establece desde su soberanía».⁵

La vida de la pensadora se instala ya en ese «soñar despierto» que define a partir de ahora toda su producción; precisamente es ahora, justamente, cuando su «razón poética» alcanza el máximo de su expresión, al identificarse ésta con el tiempo y la palabra.

En María Zambrano el tiempo no se anula como en los místicos, sino que se convierte en argumento.

El tiempo es el *a priori* —la forma— de este argumentarse de la vida humana, de sustantiarlizarse más aún que de su realizarse. La vida se sustantiva más que se realiza. La realidad es como el tiempo y, con él, un medio, un paso. No es el tiempo, pues, el argumento, ni el sentido del vivir humano, sino su medio y su modo; su modalidad; el *a priori* de su argumentarse y la materia de su configuración. El tiempo es formal y material a la vez.⁶

Precisamente, por eso el tiempo se convierte en transfigurador y en definitiva en palabra. Así lo dice: «Sin duda que de esta esencia trágica del ser hombre depende la función figurativa actualizada constantemente aun en

4. *Los bienaventurados*, Ediciones Siruela, Madrid, 1990, pp. 37-38.

5. *El sueño creador*, Universidad Veracruzana, México, 1965, p. 13.

6. *Ibid.*, pp. 43-44.

sueños y, primariamente, en sueños. Función figurativa que se da espontáneamente en historia. Y el modo propiamente creador en argumentos en los que la historia declara su sentido y queda salvada en poesía: tragedia, novela y, transfigurado ya, en pura poesía».⁷

La vida se convierte en trascendencia; por eso el pensamiento de nuestra pensadora está muy cerca del de los místicos aunque no pueda confundirse con ellos. Su realización es onírica y su filosofía se halla más bien en el orbe de lo órfico-pitagórico.

En esa órbita de los sueños es donde adquiere presencia la España soñada, encarnando el arquetipo de los sueños en que interviene la persona. «En éstos —dice María Zambrano— la atemporalidad flota en un espacio vacío que, a veces, toma forma plástica, como una extensión ilimitada, como un horizonte, como una blancura. Las dimensiones temporales tienden a evaluarse, aparecen ordenadas sin implicaciones ni inversión a partir de un centro. Un centro que es una acción a ejecutar en el proceso de la finalidad-destino».⁸

La forma plástica de esa territorialidad ilimitada fue el sueño de España que la embargó durante toda su vida —estuviera dentro o fuera de la geografía nacional— y le dio sentido a su vez. Por eso cuando, al regresar tras cuarenta años de exilio, un periodista le preguntó: «¿Qué siente al regresar?», ella le contestó: «¿Regresar? Si yo nunca me he ido».

7. *Ibíd.*, pp. 47-48.

8. *Ibíd.*, p. 54.

This page intentionally left blank

V. Las claves humanas del exilio

Afirmaba Aristóteles que «el ser se dice de muchas maneras»; de la misma forma, podemos decir nosotros que hay muchas maneras de vivir el exilio, y ello por la sencilla razón de que el exilio es una realidad compleja. El exilio puede ser un hecho o suceso que ocurre en nuestra vida, pero es también una realidad trascendente que afecta al ser humano en cuanto tal. A ello dedico buena parte de mi libro sobre «el exilio como constante y como categoría».¹ El hecho curioso —y por demás interesante— es que en María Zambrano se dan ambos conjuntamente. Hay en ella una convergencia entre ese incidente biográfico —encontrarse un día en el exilio— y la vivencia del mismo como una realidad trascendental que embarga todo un ser. Sobre este misterioso asunto he meditado lo suficiente para dar algunas claves hermenéuticas.

La primera clave es que en María Zambrano vienen a coincidir —más allá de toda explicación racional— el exilio como vocación y el exilio como destino. Éste, el destino, aparece ya de forma pre-natal en su propia familia, desde que su abuelo, natural de Almería, tuvo que abandonar sus «encinares de siglos»; ella lo describe así: «En él [su abuelo] se había consumado algo, ella lo sabía, lo sintió siempre; una historia terrestre se había terminado. Sus padres habían sido ya “exiliados” en Castilla, donde nadie de la familia había vivido, porque nadie había vivido “sin tierras”. Y había creci-

1. José Luis Abellán, *El exilio como constante y como categoría*, Ediciones Biblioteca Nueva, Madrid, 2000.

do así, sintiendo el destierro y el que había perdido el lazo con la tierra y con la pequeña historia familiar que ha quedado remota, cosa de fábula, de “otros tiempos”; cuando se ha perdido “la fábula”, ¿qué queda sino el pensamiento?. Sí; desde la raíz de su vida la filosofía había sido, “a falta de otra cosa”, la única manera, la solución única de vivir sin esas cosas, sin traicionarlas, de obedecer en esta libertad que deja el no ser nadie en parte alguna, de ser “uno más”».²

A ese condicionante del destino pre-natal se va a unir el exilio personal vivido por ella tras la guerra civil —otra imposición del destino—, no sólo como un accidente puntual, sino asumido conscientemente con tal radicalidad que lo convierte en vocación. María Zambrano estuvo abocada hacia el exilio y *vocada* por él. Una prueba de ello nos lo da su voluntad de desarraigo permanente; habiendo podido quedarse como profesora en varios países, optó por una huida constante, huyendo de un lugar a otro en búsqueda de un propio exilio; es decir, de un exilio que hizo personalmente suyo. Así viene a decírnoslo: «De destierro en destierro, en cada uno de ellos el exiliado va muriendo, desposeyéndose, desenraizándose. Y así se encamina, se reitera su salida del lugar inicial, de su patria y de cada posible patria, dejándose a veces la capa al huir de la seducción de una patria que se le ofrece, corriendo delante de su sombra tentadora; entonces inevitablemente es acusado de eso, de irse, de irse sin tener ni tan siquiera adónde. Pues que de lo que huye el prometido al exilio, marcado ya por él desde antes, es de un dónde, de un lugar que sea el suyo. Y puede quedarse tan sólo allí donde pueda agonizar libremente, ir meciéndose al mar que se revive, estar despierto sólo cuando el amor que le llena se lo permite, en soledad y libertad».³

2. M. Zambrano, *Delirio y destino*, Mondadori, Madrid, 1989, p. 185.

3. M. Zambrano, *Los bienaventurados*, Ediciones Siruela, Madrid, 1990, pp. 37-38.

María Zambrano va, pues, desgajándose de «cada posible patria» —México, Cuba, Puerto Rico, Italia— con tanto dolor que se deja en él «a veces la capa al huir de la seducción de una posible patria que se le ofrece». Este proceso de desnudamiento, parecido a la noche oscura del alma, de San Juan de la Cruz, va a culminar en Roma. A lo largo de los diez años que permanece en dicha ciudad, el sentimiento del exilio se depura; de ello nos deja testimonio en su «Carta sobre el exilio». ⁴ Es el acta notarial de que el proceso se ha cumplido; el exilio aparece como una meta ineluctable en un proceso dialéctico irreversible. Al llegar a esa situación el exiliado «se ha desprendido de todos sus ropajes y figuras, incluso de las más legítimas» (p. 67). El exiliado se ha despojado de todo y queda al borde de la historia: «solo en la vida y sin lugar: sin lugar propio». Se encuentra así en un espacio solo con un horizonte, «horizonte sin realidad —dice—, horizonte en el que mira, pasa y repasa, desgrana la historia, toda la historia, y sobre todo la historia de España» (pp. 68-69).

A María Zambrano se le impone entonces un salto cualitativo. En 1964 se instala en *La Pièce*, un lugar solitario, un bosque en las faldas del Jura francés, donde dará cumplimiento a su vocación de «Antígona», el mito emblemático de su instalación radical en el exilio. En 1967 aparece *La tumba de Antígona* (Siglo XXI Editores, México), su texto autobiográfico fundamental, aunque con un trasfondo velado por las referencias mitológicas. Ahí se inicia el proceso iniciático que dará pleno cumplimiento a una filosofía propia; de alguna manera ya lo adelantaba en la «Carta» de 1961: «Pocas situaciones hay como la del exilio para que se presenten como en un rito iniciático las

4. *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, París, junio 1961, n.º 49, pp. 65-70.

pruebas de la condición humana. Tal si se estuviese cumpliendo la iniciación de ser hombre» (p. 65).

María Zambrano se encuentra a sí misma en ese texto, y entre 1967 y 1977 —fecha de la publicación de *Claros del bosque*— da cumplimiento pleno a su vocación filosófica. Todo lo que venga después —muy abundante, por lo demás— no podrá ser entendido sin referencia a los tres textos básicos a que estamos aludiendo aquí, pues sólo en ellos la «razón poética» se despliega con todas sus dimensiones y potencialidades. Es claro que ello había exigido un camino previo de desbroce y exploración filosófica; a esto me he referido con detalle en el primer estudio que hice de la pensadora,⁵ pero es claro que todo ello no ha sido sino propedéutica a lo que ha venido después.

María Zambrano se instaló existencialmente en el exilio y eso la condujo a una peculiar vía mística de honda riqueza y pluralidad. Sólo desde esa posición pueden entenderse los numerosos escritos que nos dejó a partir de *Claros del bosque* (1977), aunque muchos fueran en su redacción anteriores a esa fecha. En cualquier caso, únicamente inteligibles desde esa condición de exiliada plenamente asumida.

Por eso extraña su vuelta a España en 1984. Una exiliada que ha aceptado y asumido el exilio, no puede volver. Así lo declaraba José Gaos, cuando le pregunté sobre su regreso a España, una vez recobrada la democracia. Su contestación fue tajante: «Yo nunca volveré a España; el exilio ha sido un hecho radical y definitivo. No, no, nunca, jamás; yo no volveré a España». Esta contestación era coherente, pero la vuelta a su país de María Zambrano no lo era, y sólo desde esa falta de coherencia se entiende

5. José Luis Abellán, «María Zambrano; el itinerario de la razón poética», en *El exilio filosófico en América. Los trasterrados de 1939*, F.C.E., México, 1998, pp. 257-284.

aquella declaración de 1989, a los cinco años de su regreso: «Confieso, porque hablar de ciertos temas no tiene sentido si no se dice la verdad, confieso que me ha costado mucho trabajo, tanto que, sin ofender, al contrario, reconociendo la generosidad con que Madrid y toda España me han arropado, con el cariño que he encontrado en tanta gente, de vez en cuando no duele, no, no es que duela, es una sensación como de quien ha sido despellejado, como san Bartolomé, una sensación ininteligible, pero que es».⁶

Estas palabras, que yo mismo provoqué al pedírselas para un Curso de Verano en El Escorial (verano de 1989), las tomé al pie de la letra: el sentido «ininteligible» de ese sentimiento se me impuso a mí también, y con él he vivido hasta hace poco. Ahora, al profundizar en lo que el exilio tenía para ella de «patria verdadera», lo entiendo perfectamente. No, no se pueden tener dos patrias: si su patria era el exilio, su venida a España tenía que sentirse como un «despellejamiento». Era una contradicción aparentemente «ininteligible», en efecto; y sólo las condiciones materiales y prácticas de su difícil vida económica pueden explicarlo.

6. «Amo mi exilio», en *Las palabras del regreso*, Amarú Ediciones, Salamanca, 1995, p. 14.

This page intentionally left blank

VI. El universo iniciático de María Zambrano: un camino hacia la redención social

Una cierta familiaridad con el pensamiento de María Zambrano, cuya obra vengo frecuentando desde hace más de veinte años, me ha llevado al convencimiento de que una comprensión profunda de su pensamiento y de su significado más hondo, exige haber sufrido un proceso iniciático que nos permita acceder a su declarado hermetismo. La misma autora afirma que «Hermes, el dios que siega la vida y la conduce hacia allá, viene como emisario del ser».¹ Esa iniciación proviene de un punto de partida filosófico del cual nos da cuenta en 1955, cuando publica la primera edición de *El hombre y lo divino*; retoma allí la tradición órfico-pitagórica abandonada por Aristóteles e inicia un camino —*método*— que había permanecido inédito en Occidente. En la búsqueda de «un saber sobre el alma» se ve abocada a incidir en esa nueva vía; así lo dice: «El indecible padecer del alma cuando se siente a sí misma, al encontrarse, se resolvió en el pitagorismo por la aceptación del orfismo y de su aventura protagonista: el descenso a los Infiernos, a los abismos donde lo que sucede es indecible. Y como es indecible, se resolverá en música. Y en la forma más musical de la palabra: poesía».²

La nueva vía coloca la filosofía zambranianiana en un ámbito muy próximo a las religiones místicas, como ella misma reconoce un poco más adelante: «Tal era la ambi-

1. M. Zambrano, *Claros del bosque*, Seix Barral, Barcelona, 1986, p. 156.

2. *El hombre y lo divino*, F.C.E., México, 1955, p. 97.

güedad del pitagorismo —dice—. El misterio requiere iniciación; la matemática, aprendizaje, aunque este aprendizaje tenga valor de iniciación, como Platón mantendrá, fiel todavía a la tradición. Pues en Platón todavía los conocimientos tienen algo de iniciaciones».³

El mensaje de la sabiduría sólo se hará accesible, pues, a través de dicho conocimiento hermético, después de haber superado el proceso iniciático que tiene su rito de paso en el exilio. Y así nos lo confirma la pensadora en 1961, cuando escribe: «Pocas situaciones hay como la del exilio para que se presenten como en un rito iniciático las pruebas de la condición humana. Tal como si se estuviese cumpliendo la iniciación de ser hombre».⁴ Es fundamental, por tanto, para entender la filosofía de María Zambrano saber cómo se instala en esa situación existencial de exiliada, tras de haber superado el destierro y el transtierro. A ello he dedicado el estudio «Vida itinerante y exilio», a cuya lectura remito al lector; sin necesidad de repetir lo allí dicho, recordemos que el camino al exilio induce a una serie de «pasos» que tienen como fin el abandono de cualquier espacio posible. El exiliado se encuentra colgado del tiempo, sin lugar alguno al que poder asirse, en una especie de singular destierro, dentro del cual sólo el oído adquiere un protagonismo absoluto. Así lo dice: «Hay que adentrar, interiorizar el desierto en el alma, en la mente, en los sentidos mismos, aguzando el oído en detrimento de la vista para evitar los espejismos y escuchar las voces».⁵ Es así como, instalada ya en lo más hondo del exilio mismo, la pensadora se encuentra enraizada en el tiempo —sin espacio posible— y, por tanto, alejada de cualquier «visión»

3. *Ibíd.*, pp. 102-103.

4. «Carta sobre el exilio», *Cuadernos por la libertad de la cultura*, n.º 49, París, 1961, p. 65.

5. *Los bienaventurados*, Ediciones Siruela, Madrid, 1990, p. 41.

—es decir, de una filosofía que privilegie la vista por encima de cualquier otro sentido. Es así como se produce la revolución filosófica de nuestra autora, basada en el protagonismo del «oído». Es la situación que va a hacer posible la escritura de *Claros del bosque* (1977), culminación de su pensamiento. La lectura de este libro con la disposición anímica que podamos tener hacia cualquier otro libro de filosofía será un error. El libro hay que leerlo más bien con la actitud que podríamos tener ante un libro de oración. Sólo así penetraremos en la profundidad de su mensaje.

La propia María Zambrano nos llama la atención sobre este punto al principio del citado libro. Al adentrarnos en los «claros del bosque», nos advierte que debemos hacerlo aguzando el oído, como cuando —siendo estudiantes— acudíamos a las aulas para «escuchar» al profesor. Así lo expresa ella: «Y se recorren también los claros del bosque con una cierta analogía a como se han recorrido las aulas. Como los claros, las aulas son lugares vacíos dispuestos a irse llenando sucesivamente, lugares de la voz donde se va a aprender de oído, lo que resulta ser más inmediato que el aprender por letra escrita, a la que inevitablemente hay que restituir acento y voz para que así sintamos que nos está dirigida. Con la palabra escrita tenemos que ir a encontrarlos a la mitad del camino. Y siempre conservará la objetividad y la fijeza inanimada de lo que fue dicho, de lo que ya es por sí en sí. Mientras que de oído se recibe la palabra o el gemido, el susurrar que nos está destinado. La voz del destino se oye mucho más de lo que la figura del destino se ve».⁶

Con todas las precauciones que hemos advertido, nos encontramos en buena disposición para aprehender el mensaje filosófico entregado, a mitad de camino entre la mística y la poesía, que esto es, en definitiva, eso que ella llama «razón poética», una vía de introducción en ese «sa-

6. *Claros del bosque*, op. cit., p. 16.

ber sobre el alma» abandonado por la filosofía tradicional. La situación de orfandad en que ha quedado la cultura occidental hacen prioritaria la recuperación de ese saber. Nuestra pensadora lo sabe bien, pues ella ha apurado hasta la agonía esa orfandad, mediante dos vivencias ineluctables e irrenunciables: «devorada por la piedad», a través del drama nazi que acosó a la madre y a la hermana hasta la saciedad; y «devorada por la historia», con la derrota republicana en la guerra civil y el hundimiento en los infiernos del exilio posterior. Es el «cáliz» de María —de él nos habla en uno de sus *delirios*—, que apuró hasta las heces.

Estos elementos autobiográficos son los que la conducen al exilio como rito iniciático. La conciencia del hecho aparece fechada en 1961, dentro del ensayo citado arriba, pero la resolución de instalarse en él no aparece hasta 1964, año en que se instala en *La Pièce*, ese lugar solitario en que su pensamiento va a rendir el máximo fruto. Es precisamente en esos años —entre 1964 y 1967— cuando el proceso de instalación en el exilio alcanza su cenit, de lo que nos ha dejado constancia en *La tumba de Antígona*, un texto autobiográfico que aparece editado por primera vez precisamente en ese año 1967. Los comentaristas han solido hacer referencia a esa obra como un texto emblemático, fijando su atención en el carácter esotérico y hermético del mismo, sin apenas referirse a lo mucho que tiene de autobiográfico. Sin embargo, como se ha dicho tantas veces, en María Zambrano todo lo que es pensamiento hace alguna referencia a su vida. No dejemos este aspecto de lado, pues precisamente en ese elemento autobiográfico es en el que podremos encontrar algunas claves decisivas del proceso iniciático al que nos estamos refiriendo reiteradamente aquí.

La figura de Antígona aparece, por primera vez en María Zambrano, en alguna de las cartas dirigidas a su hermana Araceli; de ello nos da cuenta en tercera persona dentro de esas peculiares memorias que son *Delirio y destino*: «La ha-

bía llamado Antígona, durante todo este tiempo en que el destino las había separado, apartándola a ella del lugar de la tragedia, mientras su hermana —Antígona— la arrostraba. Comenzó a llamarla así en su angustia, Antígona, porque, inocente, soportaba la Historia; porque habiendo nacido para el amor la estaba devorando la piedad. Porque no había conocido más acción que la piadosa, sin mezcla ni esperanza. Sí, ella sentía haber vivido aun sin esperanza, sólo por la piedad. Había mantenido con ella infinitos diálogos, le había hablado noches interminables de insomnio cuando no sabía su paradero, si en tierra de Francia, si en lugar ocupado o no ocupado, si en país más libre del terror; aunque no de la guerra, si en algún campo de concentración. La sentía llorar abrazada a la madre ya menor que ella, necesitada de protección. Y como ella le había hablado tanto, ya no hallaba palabra qué decirle, sólo una persistente interrogación informulada casi siempre. Esperaba de ella la revelación de todo aquel dolor; el suyo propio y el de todos, la revelación entrañable de la noche oscura de Europa que ella había tenido que vivir; sin tregua, en la vigilia. Una conciencia inocente que vigila movida por la piedad; sí, Antígona».⁷

Al situarse en el lugar de la hermana, María asume el destino de Araceli; en un primer texto literario —*Delirio de Antígona*—, publicado en la revista cubana *Diógenes* (julio, 1948), aparece ya de forma clara esa transposición, aunque el proceso no se culmine hasta *La tumba de Antígona*, en 1967. Es aquí donde la pensadora reconoce conscientemente que el inicial destino de la hermana se ha convertido para ella en vocación. Esa vocación de Antígona es la que en ese texto aparece plenamente asumida por la pensadora; de aquí la importancia autobiográfica que le atribuimos. La lectura del «prólogo» que antecede a la obra dramática es definitivo.

7. *Delirio y destino*, Fundación María Zambrano, 1998, p. 261.

Allí reconoce la pensadora haber alcanzado el nivel filosófico que le resulta más propio: «el filósofo ha de buscar siempre el estado inicial en que se es sin más criatura».⁸ Ese nivel lo alcanza mediante su reencarnación en Antígona, cuya vocación «precede a la diversificación entre filosofía y poesía» y está «antes del cruce en que el filósofo y el poeta con tanto desgarramiento en algunos se separan» (p. 24).

Enterrada en la tumba asiste Zambrano-Antígona a un segundo nacimiento, aquel en que se produce «la revelación de un ser en todas sus dimensiones; segundo nacimiento que es vida y visión en el *speculum justitiae*» (p. 18). Y ello como exiliada; el siguiente párrafo es muy claro: «Es una estirpe la que Antígona funda o a lo menos nos da a ver, en el lenguaje de hoy, un arquetipo. Hace reconocibles a personajes poéticos y a humanas criaturas conduciéndolas, como ella se conduce, más allá y por encima de sí misma. Es la estirpe de los enmurados no solamente vivos, sino vivientes. En lugares señalados o en medio de la ciudad entre los hombres indiferentes, dentro de una muerte parcial que les deja un tiempo que los envuelve en una especie de gruta que puede esconder un prado o en un jardín donde se les ofrece un fruto puro y un agua viva que les sostiene ocultamente: sueño, cárcel a veces, silencios impenetrables, enfermedad, enajenación. Muertes aparentes. Lugares reales y al par modos con que la conciencia elude y alude, se conduce ante estas criaturas. Y ellas se ocultan y reaparecen según números desconocidos» (pp. 22-23).

Ahora bien, a esa clarividencia María Zambrano sólo llega tras haber apurado el lazo de fraternidad con la desgracia de su hermana Araceli, lo que en la obra aparece como transposición literaria del lazo fraterno entre Antígona y Polinice. Este párrafo es definitivo: «Es la fraternidad, sin duda alguna, lo que aflora, lo que se presenta

8. *La tumba de Antígona*, Siglo XXI Editores, México, 1967, p. 24.

como naciente protagonista, redentor; lo que va a desatar el nudo del mal; es la relación entre una hermana sufriente, fiel, esclava, y un hermano que regresa portador de la libertad, heredero sin duda, al menos en su pretensión, de la autoridad del padre según una nueva ley nacida de la luz que se insinúa. Más de la luz que exige lo incomprensible, en el caso de Oreste de un modo inapelable y manifiesto. Y se nos aparece así esta relación fraternal como crucificada entre la sombra heredada, la maldición que se arrastra en las tinieblas, y la luz que se anuncia: la luz prometida» (p. 15).

Aparecen ahí mencionadas las dos claves definitivas en la vida de María Zambrano: su padre y su hermana, pues no olvidemos, como ella misma dice en ese texto: «resplandece en Antígona uno de los más felices hallazgos de la conciencia religiosa griega: la pasión de la hija» (p. 8). Ahora bien, recordemos que el padre de Antígona es Edipo, lo que nos remonta a profundidades psicoanalíticas en las que ahora no nos es dado entrar:

Sin necesidad de ello, creo que ha llegado el momento de llevar a sus últimas consecuencias la transposición literaria de que venimos hablando. Como en la vida de María Zambrano, en la obra de Sófocles aparecen una guerra civil como lucha fratricida entre hermanos —Polinice y Etéocles— y un exilio radical que en nuestra autora es destierro absoluto, es decir, tumba o entierro en vida. Precisamente, para poder acercar el destino de Antígona al de su propia vida, María Zambrano cambia el argumento de la tragedia, y Antígona no se suicida, sino que continua viva, aunque esa vida sea la de una enterrada en vida; es la vivencia del exilio llevada a su radicalidad máxima. Por eso, en nuestra autora hay una vocación «Antígona», y sólo si lo comprendemos así habremos entendido en toda su profundidad el mensaje filosófico que nos transmite con su vida y con su obra —ambas, repito una vez más, inseparables.

La lectura de *La tumba de Antígona* desde la óptica que aquí estamos ofreciendo convierte este libro en la clave definitiva para penetrar en ese universo iniciático a que nos referimos en el título de nuestra contribución. Hagamos un breve repaso a la obra desde este punto de vista, y lo primero que advertimos es precisamente que Antígona, como expulsada que ha sido del mundo, se nos aparece como representación arquetípica del exilio ontológico, propio del hombre, y así viene a decirlo esta invocación a la luz: «Y ahora, ¿vienes a decirme algo, luz del Sol? Si al fin te oyese, si me dieras esa palabra, una sola, que viniera derecha al fondo de mi corazón, allí donde, ahora lo sé, ninguna palabra, ni la de mi juez, ni la de mi hermana, ni la del amor, nunca ha llegado; donde no entró palabra alguna, ni llanto, ni gemido, donde ni siquiera llegaron los ayes del hermano penando por sepultura, ni la voz alguna de criatura viviente; ni el mugido del toro, ni el canto de la alondra, ni el poderoso arrullo del mar llegó nunca, ni nada de la vida. Tu palabra, luz, sin que yo la entienda, dámela, luz que no me dejas. La palabra nacida en ti, y no en ese Sol, que poco a poco ya, se va haciendo tiniebla. Ahora conozco mi condena: “Antígona, enterrada viva, no morirás, seguirás así, ni en la vida ni en la muerte, ni en la vida ni en la muerte”...».⁹

En este texto, no sólo asume su condición de exiliada, sino que aparece la invocación a la luz como principio de salvación, puesto que «la luz —como nos dice en *Claros del bosque*—, tanto o más que el espacio o el tiempo, es un *a priori* del ser humano —o del ser de todas las criaturas seguramente».¹⁰ A raíz de ese apartamiento, la *tumba* —metáfora de la condición humana— se constituye en germen de una nueva vida; así lo dice en mitad de la noche: «Pero

9. *Ibíd.*, p. 30. He utilizado la versión de Alfredo Castellón, S.G.A.E., Madrid, 1997, p. 13.

10. *Claros del bosque*, p. 29.

no te llamaré, muerte, no te llamaré. Seguiré sola con toda la vida, como si hubiese de nacer, como si estuviese naciendo en esta tumba» (p. 32). Y lo reafirma más adelante: «Oh, Antígona, tengo yo que decirte dónde estás cuando es tan claro: estás en el lugar donde se nace del todo» (p. 45).

María Zambrano ha asumido la orientación del padre, reencarnado ahora en Edipo, que le asigna cargar con la verdad. «Sí, hija, tienes que cargar con ella», le dice (p. 41), y lo hace Antígona, asumiendo el mandato: «Fui con mi Padre, con él, por él. Por él y por sus hijos, mis hermanos» (p. 58). Paternidad y fraternidad así vinculados hacen de ella un cordero. «Saliste de la casa, acompañándome con un cordero, y me alegrabas en mi destierro, desterrada ya tan niña, y sin culpa alguna, tú» (44). La imagen del cordero es reiterativa en Zambrano, y la recuerda siempre que evoca aquel salir de la frontera española en 1939, pues quizá ninguna otra imagen resulte tan evocadora del «haber sido devorada por la piedad». Y de forma muy principal hacia su propia hermana Araceli, que en la obra aparece encarnada en Ismene, con la que comparte el secreto de sus vidas. El siguiente párrafo adquiere su iluminación más clara cuando conocemos la relación entre Araceli y María; por eso dice ésta, sabedora de la situación: «Porque, hermana, nosotras tenemos nuestro secreto, lo tuvimos siempre. De niñas, cuando jugábamos, y cuando nos peleábamos —«no quiero jugar ya más contigo»— ese secreto estaba entendido. Nuestro secreto. Todos sabían que lo teníamos. Pero nosotras nunca aludíamos a él. Y ahora, yo no sabría tampoco decírtelo. No es de decir. Eso es. Era de jugar, de jugar nuestro juego interminable. Después era de hacer, de hacer eso que yo sola hice: acompañar a nuestro padre; después ir a lavar a nuestro hermano maldecido. Y tú no viniste; y después, sí, ya me acuerdo: tú quisiste morir conmigo. Pero yo no te dejé. Y él, el hombre ese del poder, el que mandaba —¿todavía está ahí mandando?—, el que

manda para condenar pareció obedecer a mi voluntad —pues que en algo me tenía que obedecer él a mí. Y no te condenó a muerte, quiero decir: te condenó a vivir sin mí —él condena siempre— y con la angustia de haber perdido el secreto, como un anillo que se rompe y ya no le sirve a nadie. Pero no, Ismene, no, hermana. Tú no tenías que venir conmigo a lavar a nuestro hermano sin honra, porque mira, ya está claro, la lavandera soy yo. Esto debía de estar dentro del secreto sin que lo supiéramos» (pp. 35-36).

La alusión al que manda —¿Creón? ¿Franco?— está clara, pero la lectura completa del monólogo nos llevará a la guerra civil, al derramamiento de sangre, y la necesidad de lavar la sangre con el llanto; de aquí el sacrificio y la conciencia de que toda historia es sacrificial. Éste es el destino de Antígona —lograr superar la piedad y la historia—, como en el caso de María Zambrano, «devorada por ambas» y por eso abocada a la construcción de un mundo nuevo. Se lo dice el hermano Polinice: «Aquí no puedes quedarte. Esto no es tu casa, es sólo la tumba donde te han arrojado viva. Y viva no puedes seguir aquí; vendrás ya libre, mírame, mírame, a esta vida en la que yo estoy. Y ahora, sí, en una tierra nunca vista por nadie, fundaremos la ciudad de los hermanos, la ciudad nueva, donde no habrá ni hijos ni padres. Y los hermanos vendrán a reunirse con nosotros. Nos olvidaremos allí de esta tierra donde siempre hay alguien que manda desde antes, sin saber. Allí acabaremos de nacer, nos dejarán nacer del todo. Yo siempre supe de esa tierra. No la soñé, estuve en ella, moraba en ella contigo, cuando se creía ése que yo estaba pensando. En ella no hay sacrificio, y el amor, hermana, no está cercado por la muerte. Allí el amor no hay que hacerlo, porque se vive en él. No hay más que amor» (p. 71).

Cuando Antígona ha cobrado conciencia de su misión, se lo dice claramente al dictador Creón: «Ya no pertenezco a tu reino» (p. 77); entonces se siente unida no al dictador,

sino al pueblo a que ella misma pertenece: «Así es la Patria, Mar que recoge el río de la muchedumbre. Esa muchedumbre en la que uno va sin mancharse, sin perderse, el Pueblo, andando al mismo paso con los vivos, con los muertos. Y al salirse de ese mar, de ese río, solo entre cielo y tierra, hay que recogerse a sí mismo y cargar con el propio peso; hay que juntar toda la vida pasada que se vuelve presente y sostenerla en vilo para que no se arrastre. No hay que arrastrar el pasado, ni el ahora; el día que acaba de pasar hay que llevarlo hacia arriba, juntarlo con todos los demás, sostenerlo. Hay que subir siempre. Eso es el destierro, una cuesta, aunque sea en el desierto» (p. 80).

Es ese subir en el desierto lo que nos permitirá encontrar a la «persona», centro inexcusable de toda posible democracia, como ya demostró en su libro *Persona y democracia* (1958). Al publicarle en segunda edición (1987), la autora ya no habla de «crisis de Occidente», sino de «una de las noches más oscuras del mundo que conocemos». ¹¹ Es la noche en que ella misma ha estado hundida en eso que llamó *La tumba de Antígona*; de aquí la importancia que hemos dado a este texto. En nuestra exposición en algún momento he pensado comparar la «tumba» de Antígona a la «caverna» de Platón y, salvadas las distancias, no cabe duda que hay cierta similitud. Ambos textos tienen un fondo epistemológico evidente, pero si en el de Platón ese fondo nos remite a un contenido ontológico, en Zambrano lo hace en referencia al sentido ético de la vida. Hay en éste un compromiso del hombre con el hombre, que nos impulsa a la superación de la tragedia. La *Antígona*, de Sófocles, es un enfrentamiento entre la Ley del Terror —representada por el tirano Creón— y la Ley del Amor —representada por Antígona—, sin que la tragedia tenga solución. En la de Zambrano esa solución es posible,

11. *Persona y democracia. La historia sacrificial*, Anthropos, Barcelona, 1988, p. 8.

porque Antígona no sólo no muere, sino que se depura en su viaje a los *inferos*, transmitiéndonos un mensaje de esperanza; ella misma lo dice: «El amor y su ritual viaje a los *inferos* es quien alumbra el nacimiento de la conciencia. Antígona lo muestra» (p. 6). Por eso, Zambrano asemeja el mensaje de Antígona al de Sócrates; también ella tuvo que apurar su particular «cicuta». Ambos son expresión del «milagro griego»; con su sacrificio hacen posible las leyes de una ciudad que nos trasciende y que, por tanto, hará posible superar, el día de mañana, la historia sacrificial. El mensaje zambraniano supera ya, de algún modo, la tragedia griega como espacio privilegiado de la antinomia humana, pues en ese mensaje aparece la razón mediadora entre cielo e infierno, haciendo posible la conciencia. Así nos lo transmite la propia autora: «Edipo tuvo el anuncio de su destino y ninguna potencia divina bajó en su auxilio a la hora de la desdicha. Tal vez por eso fuese “el más desdichado de los hombres”. Mas la tuvo a ella, a Antígona, y se le dio el tiempo del exilio en su compañía, siendo arrebatado por las potencias terrestres, como lo fue Heracles, como un héroe o un semidiós prometido a superior vida. Mientras que Antígona estuvo sola. Se le dio una tumba. Había de dársele también tiempo. Y más que muerte, tránsito. Tiempo para deshacer el nudo de las entrañas familiares, para apurar el proceso trágico en sus diversas dimensiones. Y un morir, un género de morir conveniente para que dejara algo, la aurora que portaba, y para que saliera purificada de lo que fue al mismo tiempo infierno y purgatorio, hacia su destino ultraterrestre, tal como siglos después dijera alguien de sí mismo: *Puro e disposto a salire alle stelle*» (p. 8). Es sabido que la filosofía de María Zambrano culmina en los últimos años en una filosofía de la Aurora; cuyo último libro en vida se titula precisamente así: *De la Aurora*.¹²

12. *De la aurora*, 1986. Posteriormente, Jesús Moreno ha publicado una edición mucho más completa, con textos inéditos y notas aclaratorias de extraordinaria utilidad (Tabla Rasa, libros y ediciones, Madrid, 2004).

Pero ya mucho antes —1987—, nos había dejado el camino expedito en el libro citado anteriormente. En *Persona y democracia* —libro fundamental, en mi entender— nos traza el itinerario de la vida humana como una «historia de la esperanza en busca de sus argumentos». Aparece ahí la definición del hombre como camino —*homo viator*—, según lo define ella misma: «el propio hombre es camino, él mismo», de acuerdo con el siguiente programa: «descubrir un camino, abrirlo, trazarlo, es la acción más humana, porque es el mismo tiempo acción y conocimiento; decisión y una cierta fe que regula la esperanza en forma tal de convertirla en voluntad. Es pues una acción moral entre todas». ¹³ Se da así el paso de la historia trágica a la historia ética.

Y ello quizá ha sido posible tras apurar el cáliz del dolor, que para Europa representaron la dos Guerras Mundiales del siglo XX y las dictaduras que nos implicaron en ellas. Los ídolos sacrificados en esa aventura trágica han hecho posible la igualdad. Así lo dice: «El ídolo sacrificado, hecho víctima, restablece por un momento la igualdad. El nivel se iguala y la víctima participa del ídolo al verle rebajado hasta su condición, del modo que considera más cruel porque es repentino. Muere en un instante mientras ella muere día a día. Y el ídolo conoce un momento de paz suprema al verse sacrificado; participa también de la condición de la víctima, siente haber pagado la idolatría sobre la que vivió encumbrado, se siente restituido a la condición humana». ¹⁴ María Zambrano lo sabía bien, pues lo había vivido en carne propia. Con su «enterramiento» en vida hizo posible la reconciliación entre cielo e *inferos*, convirtiendo en realidad lo que el decurso de la historia ha hecho evidente: que la condición humana es una conquista histórica.

13. *Persona y democracia*, loc. cit., p. 31.

14. *Ibid.*, p. 43.

Quizá a lo largo de ese recorrido histórico se ha hecho evidente que nos sobran «personajes» y nos han faltado «personas». El personaje es una representación, como lo indica que se hace siempre presente en su identificación con una máscara; por el contrario, la persona es algo que *somos* desde lo más profundo de nuestro ser; lo cual no quiere decir que no haya costado trabajo «conquistarla». María Zambrano es conciente de ello, y así lo dice: «Aunque lenta y trabajosamente, se ha ido abriendo paso esta revelación de la persona humana, de que constituye, no sólo el valor más alto, sino la finalidad de la historia misma. De que el día venturoso en que todos los hombres hayan llegado a vivir plenamente como personas, en una sociedad que sea su receptáculo, su medio adecuado, el hombre habrá encontrado su casa, su *lugar natural* en el universo»¹⁵.

A lo largo de esta investigación hemos ido descubriendo que una comprensión en profundidad de la filosofía de María Zambrano exige penetrar en un universo iniciático producto a su vez de determinadas experiencias autobiográficas. Sólo así lograremos entender cómo la pensadora afronta la crisis del racionalismo europeo —raíz de su actual *agonía*—, mediante un diálogo entre cielo e *infernus* que nos abra el acceso a la «razón mediadora» —versión a su vez de su razón poética—, único camino para reconvertir la historia sacrificial de Occidente en una historia ética, donde el fondo trágico de la naturaleza humana quede superado en la construcción de una sociedad democrática, regenerada de sus dolencias ancestrales. El sentido iniciático del proceso señalado queda así asumido en un proyecto de regeneración moral de la sociedad.

15. *Ibíd.*, p. 45.

Apéndice

El destino de la razón: una meditación desde el hispanismo filosófico

La vuelta a las fuentes grecolatinas producida durante el Renacimiento va a culminar en una apoteosis de la «razón pura». Si los primeros filósofos renacentistas hablan de la *dignitate hominis* muy pronto esa dignidad se centrará en la «razón» como facultad privilegiada que coloca al hombre muy por encima del resto de la escala zoológica. Descartes y Galileo son los protagonistas de esta hazaña que hará del «racionalismo» el centro neurálgico de la Edad Moderna. Es curioso que —con apenas un adelanto de ocho años—, cuando la Revolución francesa realice la apoteosis de los «Dios-Razón», elevándola a los altares, Emmanuel Kant ya había realizado la *Crítica de la Razón Pura* (1781). Se inicia así un giro decisivo de la razón europea que tomará cuerpo en el «criticismo» de la Edad Contemporánea; el «problema crítico» se convertirá, a partir de entonces, en el protagonista de la reflexión filosófica. El idealismo —sobre todo en Alemania—, por un lado, y el positivismo, por otro, serán secuelas tentativas de solución al mismo, aunque ambos —opuestos, por lo demás, entre sí— se resuelvan en una similar frustración. El idealismo por exceso de sus pretensiones y el positivismo por defecto de ellas. En cualquier caso, el gran Federico Nietzsche dará debida cuenta y razón de ambas insuficiencias, convirtiéndose en el profeta de un nuevo giro copernicano en el ámbito de la filosofía. La «razón» como supremo principio de la actividad reflexiva es sustituido por la «vida», lo cual va a crear condiciones muy favorables para el desarrollo del hispanismo filosófico.

El análisis del tema exige que nos remontemos al impacto del positivismo en el ámbito hispano. Quizá no se ha tenido en cuenta de modo suficiente lo que este movimiento significó de ruptura histórica en nuestra cultura. En el área de las antiguas colonias iberoamericanas es obvio que el positivismo es una primera toma de conciencia de una identidad propia que rechaza la vieja dominación española. A la antigua concepción española de tradición católica con el centro neurálgico puesto en Dios se opone una visión científica del mundo protagonizada por el concepto de Naturaleza; a la moral de orientación religiosa se contraponen otra de tendencia naturalista; frente a una interpretación espiritualista de la vida se enfatiza el desarrollo material e industrial. Ahora bien, lo que llama la atención es que en España se realiza un cambio semejante: el positivismo, que invade los círculos intelectuales y académicos, inicia un proceso de despegue de la tradición católica e imperial. Se critica el pasado y se toma conciencia de la necesidad de un cambio radical. Cuando se produzca la pérdida de las últimas colonias ultramarinas en 1898 ese movimiento alcanzará la cima de su expresión. La llamada generación del 98 se convertirá en portavoz de un grito de alarma ampliamente compartido. El ciclo imperial ha terminado y la voz de los iconoclastas se escucha en todo el ámbito español. Hay que cambiar porque los tiempos lo imponen y las exigencias de la actualidad lo hacen imperioso. La «decadencia» ha tocado fondo y llama a un despertar de la conciencia nacional.

Es curioso, sin embargo, que ese despertar será de signo distinto al que el positivismo preconizaba. Este movimiento que se había hecho dueño del solar hispano en 1875 toma conciencia de sus limitaciones. La «razón pura» que el positivismo había convertido en «razón físico-matemática» llega a su formulación más extrema, haciendo que el pensar *more geométrico* iniciado con Descartes lle-

gue a su culminación. Ahora bien, llegada a ese extremo de depuración, el positivismo revela sus insuficiencias, produciendo una reacción adversa. Así surge el modernismo como expresión de la crisis de fin de siglo entre el XIX y el XX, provocando una reacción contra un movimiento que dejaba fuera demasiadas cosas —trascendencia, religión, ética— y se traducía en un empobrecimiento general de la vida. La reacción contra el positivismo se hace notar especialmente en tres grandes áreas: en el de la filosofía, en el de la literatura y en el de la sociedad.

En el área de la filosofía, la reacción contra el positivismo provoca una exaltación de la vida y del vitalismo en todas sus manifestaciones (intuicionismo, irracionalismo, acción directa, *élan vital*, impulso sexual...), de acuerdo con el mensaje nietzscheano, como decíamos antes. Federico Nietzsche se convierte en el profeta de los nuevos tiempos y la generación española del 98 puede considerarse un subproducto filosófico de su ideario.

En el área de la literatura se reacciona contra el naturalismo y el realismo anteriores —secuelas del positivismo— para poner el énfasis en una literatura simbólica y alegórica, donde las metáforas y los mitos alcanzan categoría de paradigmas.

En el área de la sociedad hay una reacción contra la moral burguesa y los ideales utilitarios de confort y comodidad. Esta reacción antiburguesa tiene manifestaciones amplias y múltiples, a veces de carácter opuesto. En el mundo artístico e intelectual se pone de moda la bohemia y la exaltación de la vida bohemia alcanza límites de paroxismo: el poeta bohemio que vive en una buhardilla, cerca del cielo y de las estrellas, para mejor recibir la inspiración, se convierte en arquetipo. Pero el desprecio a la burguesía también se manifiesta en el plano político y social, donde el burgués aparece como explotador y opresor, exaltándose a la clase opuesta: el proletariado. Así, los mo-

vimientos de reivindicación social —anarquismo, socialismo, marxismo— adquieren una fuerza nueva y en muchos casos avasalladora. El obrero aparece a veces en ese clima como un «santo laico» —caso de Pablo Iglesias—, redentor de los oprimidos.

En esta atmósfera se genera una abierta oposición al siglo XIX, la sensibilidad de la época se encuentra adversa a la centuria decimonónica. Ortega y Gasset califica a este siglo de «nuestro mayor y urgente enemigo»,¹ hasta dedicarle palabras de extremo rechazo; dice: «¡Buen siglo XIX, nuestro padre! ¡Siglo triste, agrio, incómodo! ¡Frigida edad de vidrio que ha divinizado los retratos de la química industrial y las urnas electorales! Kant o Stuart Mill, Hegel o Comte, todos los hombres representativos de ese clima moral bajo cero se han olvidado de que la felicidad es una dimensión de la cultura. Y he aquí que hoy, más cerca que de esos hombres, nos sentimos de otros que fueron escándalo de su época».² Esa hostilidad hacia el siglo XIX alcanza expresión máxima en el positivismo, al que califica de «ideológica extemporánea», añadiendo todavía: «Otras maneras de pensar, moviéndose en la misma trayectoria del positivismo, conservando y potenciando cuanto en él había de severos propósitos, lo han sustituido».³ Estamos en el clima del modernismo o del «novecentismo», donde se genera ese rechazo a la «razón físico-matemática» del que hablábamos antes: es precisamente en ese clima donde va a tener lugar el gran debate sobre la crisis de la razón que protagoniza toda la filosofía española del siglo XX.

1. J. Ortega y Gasset, *Obras completas*, Alianza Editorial, Madrid, 1983, tomo II, p. 22.

2. J. Ortega y Gasset, *Meditación del pueblo joven y otros ensayos sobre América*, Revista de Occidente (Alianza Editorial), Madrid, 1981, p. 19.

3. J. Ortega y Gasset, *O.C.*, tomo II, p. 23.

El problema lo plantea por primera vez con toda radicalidad Miguel de Unamuno en su libro *Del sentimiento trágico de la vida* (1913). Sin paliativos dice Unamuno en ese libro: «la razón es enemiga de la vida... Todo lo vital es irracional y todo lo racional es antivital, porque la razón es esencialmente escéptica».⁴ Esa oposición entre una y otra —razón y vida— es inevitable en este autor, porque quizá no se ha visto con toda claridad, a pesar de que el propio Unamuno lo dice, que el concepto de razón que él maneja es todavía una «razón positivista», heredada de la época de su formación universitaria. He aquí un párrafo muy significativo de lo que decimos: «La disolución racional termina en disolver la razón misma, en el más absoluto escepticismo, en el fenomenalismo de Hume o en el contingencialismo absoluto de Stuart Mill, éste el más consecuente y lógico de los positivistas. El triunfo supremo de la razón, facultad analítica, esto es, destructiva y disolvente, es poner en duda su propia validez».⁵ En una palabra, los problemas que la vida le plantea a la razón, ésta acaba disolviéndoles, dado su carácter analítico, es decir, de «razón físico-matemática». En otras palabras, Unamuno está incapacitándose de entrada y consuno a resolver el problema vital que tanto le preocupaba. Por eso, para escapar a la oposición insoluble razón-vida echa mano de la imaginación y se dedica a hacer «mitología» más que filosofía, como él mismo nos dice, en el libro que analizamos; nos comunica textualmente al final del capítulo VI: «No quiero engañar a nadie —dice— ni dar por filosofía lo que acaso no sea sino poesía o fantasmagoría, mitología en todo caso. El divino Platón, después que en su diálogo *Fedón* discutió la inmortalidad del alma —una

4. M. de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, en *Obras completas*, Escélicer, Madrid, pp. 162-163.

5. *Ibíd.*, p. 171.

inmortalidad ideal, es decir, mentirosa— lanzóse a exponer los mitos sobre la otra vida, diciendo que se debe mitologizar. Vamos, pues, a mitologizar». Ahora bien, la imaginación es la facultad del poeta o del artista romántico que es lo que, en definitiva, era Unamuno, un neo-romántico de la generación del 98, quizá toda ella, una generación de neo-románticos. En cambio, el problema filosófico ahí quedaba incólume.

Así lo hereda José Ortega y Gasset, que da un salto cualitativo elaborando el concepto de «razón vital», lo que es una forma de resolver la antinomia entre «razón» y «vida». «La razón es una forma y función de la vida», nos dice, lo cual supone a su vez instalarse en un nivel que supera ya el «problema crítico» característico de la modernidad. «Yo soy yo y mi circunstancia», dice en las *Meditaciones del Quijote* (1914), sin que los intérpretes hayan tomado muy en cuenta que esos dos «yos» son la interpenetración de sujeto y objeto, y es que en la «circunstancia» ambos quedan absorbidos y asumidos en una dimensión ejecutiva cuando añade: «y si no la salvo a ella [la circunstancia] no me salvo yo». Estamos ya en la «posmodernidad» sin necesidad de que Ortega haya pronunciado el carismático vocablo. El hecho se hace evidente unos años después, cuando publique *El tema de nuestro tiempo* (1923), donde el centro neurálgico lo ocupa la reforma del concepto de «verdad». No aparece ésta como *adequatio intellectus ad rem*, pero tampoco como una elaboración propia del sujeto cognoscente, sino como un producto de la circunstancia. Toda verdad implica un punto de vista desde el cual la verdad se adquiere y, por lo tanto, una perspectiva. Verdad y perspectiva se implican mutuamente, lo cual le da a la verdad una dimensión parcial, aunque no por eso menos absoluta. Quedamos así abocados a una «razón histórica», donde se hace evidente la presencia de lo temporal en el hombre y el consiguiente rechazo de una verdad *sub*

specie aeternitatis como proponía la «razón pura». La «razón vital» ahora convertida en «razón histórica» es una traducción *hic et nunc* de la vocación humana por la verdad, propia de una época filosófica donde el «problema crítico» se ha superado. Cuando Ortega y Gasset dice en 1916 que él es «nada moderno y muy siglo XX» se ha instalado ya, sin decirlo previamente, en la posmodernidad.

Ésta es la plataforma de reflexión de la que partirá Xavier Zubiri: la filosofía de éste es ininteligible sin la de su maestro Ortega, que le obliga a leer a Husserl y, en cierto modo, a superarlo. Zubiri se instala ya, desde el primer momento, en la realidad en cuanto tal, puesto que para él el hombre es un «animal de realidades». La frase es definitiva: «animal» y, por tanto, perteneciente a la escala zoológica, pero a diferencia de éstos, no recibe —o no recibe solamente— estímulos, sino que «lo que hay» —el mundo— es percibido por él en cuanto *realidad*. A todo ello le aboca la «inteligencia sentiente», esto es, una inteligencia que no sólo entiende, sino que siente, dando realidad filosófica a aquella frase que en Unamuno quedaba en paradoja: «piensa el sentimiento, siente el pensamiento».

Hay un hilo lógico, perfectamente coherente, desde Unamuno a Zubiri, que alcanza su culminación en María Zambrano y su «razón poética». En esta pensadora la unión entre filosofía y poesía se hace paradigmática, con planteamientos que suponen una vuelta a la tradición órfico-pitagórica olvidada por Aristóteles. El mundo órfico se hace presente en esta pensadora a través de una experiencia de los *infernos* del alma en los que se introduce a través de la piedad. Desde este punto de vista, su obra *La tumba de Antígona* es la más representativa de su actitud existencial, pues es en esa tumba donde el «saber sobre el alma» —aspiración última de su filosofía— se hace patente. Recordemos que el alma es la gran olvidada de la filosofía occidental, reivindicada ahora por la pensadora malagueña

con toda energía, desde uno de sus libros fundamentales: *Hacia un saber sobre el alma* (1950).

Es necesario recordar aquí el mito de Perséfone, hija de Zeus y Deméter, raptada por Plutón al mundo de las sombras, del cual vuelve periódicamente para hacer crecer a la hierba y a los frutos de la tierra. Así Perséfone se convierte en la mensajera de Antígona, la muchacha enterrada viva, como de alguna manera lo estuvo también la propia María Zambrano, fecundando su alma desde el fondo de los abismos. Esa muchacha, toda alma, puede ser rescatada por la música de Orfeo, cuya lira permite volver a la vida a las almas dormidas. Por eso, esta pensadora le da cada vez más importancia al oído, el sentido que nos abre a la música de las profundidades, frente a la vista, que ha sido el sentido predominante en la filosofía occidental. Sólo así se puede superar la prisión del cuerpo como cárcel del alma y sólo así puede entenderse el trasfondo místico de su filosofía, ya que «la noche oscura del alma», como en san Juan de la Cruz, vivida en su tumba de enterrada en vida, nos aboca a una experiencia de la divinidad.

Es a estos saberes a los que nos puede conducir la «razón poética» empleada por esta autora, donde se superan los planteamientos de Unamuno y de Ortega y Gasset, pero no porque se hayan dejado atrás, sino porque quedan asumidos en un nivel superior. La imaginación, que es el método de Unamuno, y la «razón vital», que es el de Ortega, se subsumen en una «razón poética» que acoge a los dos. Desde este punto de vista, la «razón poética» aparece como *poiesis*, es decir, como facultad inventora. Esta nueva versión de la razón occidental se nos revela como abarcadora de las múltiples versiones que la razón ha tenido a lo largo de nuestra tradición cultural. Y es que el hombre es ante todo «inventor», es decir, hacedor de un proyecto que le constituye como artífice de su destino.

Desde esta perspectiva, María Zambrano realiza una doble hazaña. Por un lado, la «razón poética» asume el sentido de toda la tradición occidental, al involucrar en ella tanto a la «razón pura» como a la «razón vital», sin olvidar a otros posibles modos de razón, que, en definitiva, son versiones del *logos* frente al *mithos*. Por otro lado, este tipo de «razón» nos abre al conocimiento del alma, como hemos dicho antes, tradicionalmente vedado a la reflexión filosófica, con lo que ésta experimenta una ampliación y enriquecimiento insospechado.

Éstas son algunas de las aportaciones que el hispanismo filosófico ha hecho al destino de la razón europea, con lo que podemos apreciar que la crisis de la razón, característica del ámbito filosófico en el siglo XX, ha recibido contribuciones de primer orden desde el pensamiento español. Quizá desde esta perspectiva resulte posible vislumbrar algunos rasgos del horizonte filosófico del siglo XXI. Algunos de ellos nos parecen a nosotros evidentes y pueden resumirse en un rasgo determinante: la filosofía europea ha recuperado una dimensión de pluralidad, propia del mundo humano en cuanto tal. Si la razón es plural, como se ha demostrado, la misma filosofía participa de esa condición. Hoy ya, definitivamente, no es posible hablar de filosofía, sino de filosofías —una condición propia, a fin de cuentas, de toda democracia entendida con radicalidad.

This page intentionally left blank

Cartas y textos de María Zambrano

This page intentionally left blank

Nota preliminar

En las cartas que siguen se resume una parte importante de mi relación con María Zambrano, de acuerdo con el programa que establecí en 1962 y del que he dado cuenta en el prólogo a este libro. Ante la dificultad de encontrar su obra opté por dirigirme personalmente a ella; me habían proporcionado la dirección en el Fondo de Cultura Económica, y le escribí una carta pidiéndole ayuda en ese sentido, al tiempo que le rogaba el envío de un *curriculum vitae*. Llama la atención, en ese sentido, que empieza calificándose como «española» y «exiliada», los dos rasgos definitorios por excelencia de su personalidad. Llama igualmente la atención la «coquetería» de la autora, que se dice nacida en 1907, cuando en realidad, lo había hecho tres años antes. Curiosamente, esto me costó un disgusto en un Congreso, donde yo defendí que había nacido en esa fecha «por ser declaración de la propia autora». «Es que yo tengo la partida de nacimiento», me dijo el profesor que litigaba conmigo, ante cuya afirmación no tuve más remedio que bajar humildemente la cabeza.

Las tres primeras cartas insisten en la dificultad de encontrar los libros por ella publicados. Me envía separatas y originales pero, sobre todo, me da pistas, que al final fueron fructuosas. Con ese material pude pergeñar el primer acercamiento a su obra, que se publicará en el libro *Filosofía española en América, 1936-1966* (1967). A partir de esta última fecha, María siguió publicando —entre ellos algunos de sus libros más importantes— prácticamente hasta su muerte en 1991; yo, por mi parte, pude adquirir

libros anteriores a esa fecha —por ejemplo, *Filosofía y poesía*— que antes me había sido imposible. La verdad es que mi estudio de María Zambrano concitó un vivo interés y poco a poco se fue creando un núcleo de estudiosos de su obra. Juan Fernando Ortega, Jesús Moreno, Rogelio Blanco, Fernando Muñoz, Julia Castillo, Amalia Iglesias, Juan Marset, Pedro Cerezo Galán... y un amplio etcétera, es el núcleo de lo que después será la Fundación María Zambrano. En concreto, Jesús Moreno —gran estudioso y difusor de su obra— se convirtió en principal artífice de su vuelta a España en 1984, cuando ya María Zambrano había sido consagrada con la concesión del Premio Príncipe de Asturias.

En su carta del 27 de febrero de 1967, María me acusa recibo del libro, lo elogia razonablemente y se extiende en consideraciones muy pertinentes sobre lo que representa el drama generacional para los españoles dedicados a la filosofía con posterioridad al exilio de 1939: los nacidos a la filosofía «sin padres ni hermanos». Pero, probablemente, tardó bastante tiempo todavía en leerlo completo, afectada como estaba por un problema de cataratas. Sólo en la carta del 1 de febrero de 1984 —unos meses antes de su vuelta a España— siente y lo dice que mi libro ha sido fundamental para ella: «con él usted me identificaba, había visto lo que para mí, aunque declarado desde los primeros escritos míos, seguía siendo como un secreto». Me da las gracias por haberla «sostenido en lo más alto».

Esta carta me fue muy útil —por la reconstrucción que en ella hace de sus años segovianos— para rehacer el cuadro del primer cuarto del siglo XX en Segovia, y fue un estímulo para que yo escribiera en la revista *Estudios Segovianos* el ensayo «La Segovia del primer tercio del siglo XX: orígenes intelectuales de María Zambrano», pero quizá lo más importante es que delata una lectura sosegada y detenida de mi libro, lo que le permite aludir con

satisfacción a la conversación telefónica que habíamos tenido un poco antes desde París y que reproduzco con el título «La voz de María Zambrano». Es la última carta, puesto que ella va a regresar a España en noviembre de 1984 —estando yo hospitalizado a causa de un accidente automovilístico. A partir de entonces, de su puño y letra sólo recibo las dedicatorias de los libros que fue publicando en años sucesivos; de todas ellas me interesa dejar constancia de dos. En primer lugar, la que me hizo el 6 de marzo de 1985 de *Claros del bosque*, donde dice textualmente: «Para José Luis Abellán, con admiración y temor, que tanto de eso según se siente ante aquellos *que nos han descubierto*. Con indeleble amistad. Ahora, ya en Madrid». He subrayado aquello que me importa, tan interesadamente desconocido por muchos. La otra dedicatoria corresponde a la edición de *El sueño creador* que se hizo en España (Ediciones Turner, 1986), donde dice: «Para José Luis Abellán, que oye crecer la hierba, y lo dice imperialmente. Con mi más alta estimación» (enero, 1987). Esta dedicatoria me sobrecogió, pues reconocía en mí un *oído*, que efectivamente he procurado aguzar durante toda mi vida; es sabido la importancia que ella daba al «saber escuchar».

Desde su regreso, sin embargo, los contactos fueron sobre todo *de visu*. Estuve en su casa de la calle Antonio Maura varias veces, con recuerdo de conversaciones inolvidables, que nos hacían pasar toda la tarde juntos, mientras ella fumaba incansablemente y yo escuchaba —también incansablemente. La espiral del humo guiaba aquellas conversaciones, conduciéndonos más allá del tiempo. Así quiero yo recordarla.

This page intentionally left blank

La Pièce. 1 de marzo de 1965.
Crozet-par-Gex (Ain)

Sr. don José Luis Abellán

Distinguido señor:

He recibido su carta y como este tipo de cosas se me suele luego olvidar, por el esfuerzo que me cuesta recordar mi vida y trabajos, prefiero contestarle enseguida. He escrito un *Currículum vitae* donde habré omitido, quizás, algo que a Ud. le interese y donde, quizás, haya escrito algo que no venga al caso. Pero Ud. hará caso omiso de ello. Mis libros, *hélas!*, no son fáciles de encontrar. Pues que de algunos yo misma poseo un único ejemplar. Para *Filosofía* y *Poesía* puede dirigirse a la Universidad de Morelia, Michoacán, México. Para *Persona y Democracia* al Departamento de Instrucción Pública, Hato Rey, Puerto Rico (Sr. Claudio R. Prieto). Para los demás, a las editoriales correspondientes. Las revistas, supongo que tendrá Ud. a su disposición las colecciones, pues que son esenciales para lo que Ud. se dispone a hacer. Y si no de todas, de las más importantes. Puede Ud. escribir a José Lezama, de mi parte, Trocadero 124, La Habana. Encontrará Ud. mucho de muchos. *La Torre*, *Cuadernos Americanos* y *Cuadernos de París*, le serán fáciles de obtener. Y así *Diálogos* que acaba de salir en México, Sr. Ramón Xirau, Insurgentes sur, 594-302, México D.F. *Asomante*: Srta. Nilita Vientos, aparta-

do 1.142, San Juan, Puerto Rico, donde encontrará muchos artículos importantes de muchas personas que le interesarán.

No se me ocurre de momento ninguna otra idea más para ayudarle en su noble empeño, tan necesario, sí, de que alguien lo lleve a cabo, con mucha paciencia, desde luego. Pídale a Lezama, extraordinario poeta y ensayista cubano, si puede hacer que le envíen los primeros números de la *Nueva Revista Cubana*, en su segunda época.

Atentamente,

MARÍA ZAMBRANO

María Zambrano (*currículum vitae* adjunto)

Española. Exiliada.

Nacida en Vélez-Málaga, abril de 1907.

Estudios: Bachillerato en Segovia. Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid. Ayudante de la Facultad, asistentes a los cursos de especialización, Seminarios, de Ortega y Gasset y Zubiri.

Considerada como formando parte de la *escuela de Ortega*, de quien en efecto se dice discípula. La *Razón vital* de Ortega es su punto de partida; mas, tanto los temas como su pensamiento mismo, no siguen ese camino, como puede verse ya desde el ensayo *Hacia un saber sobre el alma* publicado en la *Revista de Occidente* en 1935.

Fue Profesora en Madrid de varios Centros Docentes, especialmente de la Residencia de Señoritas, del Instituto Escuela, etc.

Al principio de la Guerra Civil se casó y se fue acompañando a su esposo a Santiago de Chile —donde él había sido nombrado Secretario de la Embajada de España—, regresaron en 1937 y siguió en España (Valencia-Barcelona) hasta los últimos días en que atravesó la frontera de Francia el 28 de enero de 1939. No ha vuelto nunca. No ha pertenecido a ningún partido político.

Durante la Guerra fue Consejera del Consejo Nacional de la Infancia Evacuada, miembro de la Comisión de Historia de la Guerra, colaboradora y, en los últimos tiempos, miembro del comité de la revista *Hora de España*.

En París recibió inmediatamente dos invitaciones: una de la *Casa de España*, después *Colegio de México*, y otra del Instituto de Altos Estudios de La Habana, optando por la primera en primer término. Y así se trasladó a México por cuenta de esa Institución, y como miembro de ella fue encargada de la enseñanza de la Filosofía en la Universidad de Morelia, Michoacán. Dio conferencias en México D. F.

Después se trasladó a La Habana invitada por la Universidad y por el ya mencionado Instituto. Siguió en La Habana donde ha residido hasta 1953, dando numerosos cursos en el nuevo Instituto de Altos Estudios e Investigaciones Científicas —nombrada Profesora— y en la Universidad, en todos los Centros Culturales del País. En este período se ausentó de La Habana diversos períodos en que fue Profesora de la Universidad de Puerto Rico. Hizo también dos viajes a Europa.

Fue a Italia, Roma, en 1953 donde ha vivido sin ejercer la enseñanza hasta agosto de 1964. En la actualidad en una *Ferme* en el Jura.

Congresos: el último de la Cooperation Intellectuelle, La Habana, 1943. Conferencia de profesores universitarios en el Exilio, La Habana, 1943. Coloquios de Royomaunt, 1962.

Libros:

Horizonte del Liberalismo. Madrid. Morata. 1929.

Pensamiento y Poesía en la vida española. México. Fondo de Cultura. 1939.

Filosofía y Poesía. Universidad de Morelia. 1939.

Al margen. Perdone, le ruego, mi detestable mecanografía. No tengo secretaria, y estoy muy fatigada.

El pensamiento vivo de Séneca. Losada. 1942 —segunda edición no sé cuándo.

La agonía de Europa. Sudamericana. Buenos Aires. 1944.

Hacia un saber con el alma. Colecc. Filosófica de Losada. Buenos Aires. 1950 (agotada).

El hombre y lo divino. Fondo de Cultura. México. 1955.

Persona y democracia. Ministerio de Educación de Puerto Rico. 1959.

La España de Galdós. Taurus. Madrid. 1960.

En prensa:

El sueño creador. Editorial Veracruzana. México.

España.Sueño y Verdad. EDHASA. Barcelona-Buenos Aires.

En preparación:

«Los sueños y el tiempo» (publicado un esquema en *Diógenes* en 1957 y traducción italiana, con algunas adiciones, en De Luca, *Cuaderni de pensiero e de poesia*. 1960). *El tiempo en la vida humana, La aurora de la palabra*, y otras cosas.

Ensayos publicados en *separata*:

«La Confesión, género literario y método». *Luminar*. 1943, México.

«La acción de la Filosofía» y «Sobre el problema del hombre». *La Torre*. Universidad de Puerto Rico.

«Los sueños y el tiempo». *Diógenes*. Unesco. París.

«Les dieux grecques». *Revue de Metaphysique et de Moral*. París. 1964.

«San Giovanni della Croce». *Nuova Antologia*. Roma. 1960.

En *Papeles de Son Armadans*: «Un capítulo de la palabra: *El idioma*». «Un lugar de la palabra: Segovia». «Los sueños en la creación literaria: *La Celestina*». «Un frustrado «pliego de cordel» de Ortega y Gasset».

Ensayos significativos no recogidos:

«Carta sobre el exilio». *Cuadernos*. París. 1960 o 61. En *Orígenes de La Habana*, «Antígona, figura de la conciencia y de la piedad». «Ortega y Gasset, filósofo español» va en el libro de EDHASA y en italiano en el libro publicado por Valecchi en

marzo de 1964 *Spagna. Pensiero e Poesía*, publicado en dos números de *Asomante*, 1947 o 48, Puerto Rico. «La religión poética de Unamuno» en *La Torre*, número de homenaje a Unamuno en 1952.

Revistas:

Revista de Occidente (primera época *Cruz y Raya*), Madrid.

Los Cuatro Vientos, Madrid. *Hora de España*, Valencia-Barcelona.

Sur, *Espuela de plata*, La Habana.

Taller, *El Hijo pródigo*, *Cuadernos Americanos*, *Diálogos*, México.

Asomante, *La Torre*, Puerto Rico.

Ínsula, *Papeles de Son Armandans*, *Cahiers d'Arts*, *Revue de Mé-taphysique et de Moral*, París.

Nuova Antologia, *El sinore*, *Paragone*, Italia, etc.

En la actualidad colabora regularmente en las tres revistas de Departamento de Instrucción Pública de Puerto Rico y disfruta de una beca de la Fundación Fina Gómez (Caracas-París-Ginebra), para proseguir sus investigaciones filosóficas.

La Pièce, 25 de junio de 1965

Sr. don José Luis Abellán
Madrid

Muy distinguido señor:

Sí, recuerdo perfectamente que Ud. me escribió desde Belfast en el sentido en que me recuerda en la carta que acabo de recibir. Y también recuerdo que al contestarle yo le decía que le ayudaría con mucho gusto y no sólo en lo que a mí se refiere, sino igualmente respecto a otras personas dentro de los cortos límites de mis posibilidades, claro está. De acuerdo con esta buena voluntad mía, viendo las dificultades insuperables que me expone en lo que hace a mi caso —único por lo que me dice—, me he exprimido el cerebro en busca de solución. Lo que se me ocurre es esto:

Que se dirija Ud. a don José Luis Cano en lo que respecta a *Hacia un saber sobre el alma* y a cualquier otro texto que Ud. no tenga. Le envío una esquela para él adjunta. También creo que tendrá el libro mencionado Enrique Azcoaga, cuya dirección ignoro, pues él hizo un comentario publicado en una revistita que hacía por aquellas fechas en Madrid. Le puede poner en la pista el mismo Cano. Los dos son amigos míos. Si el resultado es negativo, avísemelo Ud., a ver qué se me ocurre o qué puedo hacer.

En este momento me acuerdo de que Emilio Marra López prepara un libro sobre los ensayistas españoles en el destierro; quizás él pueda prestarle algo o dejárselo leer.

También me acuerdo de que un señor que fue secretario de Ruiz Jiménez cuando era ministro, fue a México y volvió con muchos libros de españoles. Yo no lo conozco personalmente.

El ensayo *Hacia un saber sobre el alma*, *Por qué se escribe* y algunas *Notas* incluidos en el volumen fueron publicados por la *Revista de Occidente* en los años 33, 34 y 35, y allí también otros no recogidos en volumen.

José Antonio Maravall y Luis Rosales creo que le ayudarían a Ud.

Filosofía y Poesía es difícil que nadie la tenga a pesar de todas estas pistas que le doy. Así que yo voy a ver si mando hacer una copia fotoestática del único ejemplar que tengo dedicado a mi madre —comprenderá que me estremezca el simple hecho de ponerlo en el correo.

Le enviaré una copia mecanografiada, no muy bella, de *El sueño creador* que, en la Colecc. de Filosofía, publicará la Editorial de la Universidad Veracruzana dentro de dos o tres meses. Otro sí de *España. Sueño y verdad* tiene EDHASA, pues que contiene ensayos publicados en *Sur* y en algunas otras revistas hace tiempo y un inédito además de los que van publicados ya en *Papeles de Son Armadans*. Y le enviaré las *separatas* que sea posible.

Le ruego me comunique lo más pronto posible el resultado de sus gestiones. Quisiera, a ser posible, evitarme por ahora el hacer la fotocopia de *Filosofía y Poesía*, por normas obvias. Pero estoy de acuerdo con Ud. en que es importante. *El hombre y lo divino*, creo que lo tendrá, le es más todavía. En la librería del *Fondo de Cultura Económica* en Madrid han de tenerlo. Si no, dígamelo.

Con mis mejores votos por el feliz resultado su obra, le envío mis más cordiales saludos.

MARÍA ZAMBRANO

La Pièce, 28 de setiembre de 1965

Sr. don José Luis Abellán

Mi estimado amigo:

Perdóneme este prolongado silencio que puede parecer desatención, pero no me he encontrado bien de salud y con mucho a que atender. Le quiero agradecer la rápida devolución de los originales que le envié y la atención que tiene por mi obra. He dado ya a Edhasa la indicación de que le envíen el libro de ensayos españoles que está al salir. Y en cuanto a *El sueño creador* ha salido ya en la Editorial Veracruzana, Nicolás Bravo, 7, Xalapa, Veracruz, México. Pero si Ud. le quiere tener, más fácil le será encontrarlo en la librería del Fondo de Cultura, que no dejará de llevarlo a España. Siento de veras no poder ofrecérselo, mas ya sabe Ud. la parquedad extrema de los editores con los autores.

Le agradeceré muchísimo que me devuelva, si ya la ha leído, la separata de *La acción de la Filosofía*, pues tampoco yo la tengo: por eso no se la dediqué.

Si alguna vez pasa Ud. por Ginebra, esta casa está cerca. Y le doy mi teléfono, que es 50 a Chevy, Ain, para que me llame si no me ha avisado antes y si tiene Ud. tiempo, pueda Ud. venir por aquí: el lugar es maravilloso, y combinándolo, mi primo que trabaja en Ginebra le traería a Ud. y le llevaría en su coche.

Le envío a Ud. mis saludos amistosos y cordiales,

MARÍA ZAMBRANO

La Pièce, 27 de febrero de 1967
Crozet-Par-Gex, Ain, France

Sr. don José Luis Abellán

Mi muy estimado amigo:

Recibí hace dos días su hermoso libro sobre la Filosofía española en tierras de América; le agradezco mucho el ejemplar que me ha dedicado. Por lo que he podido ver el libro es bastante completo y el pensamiento de cada autor está bien encuadrado y expuesto con justeza y esa simpatía profunda que la garantiza, en vez de alterarla. Muy conmovida estoy por la cuidadosa atención que me ha dedicado y muy especialmente en lo que concierne a la relación con el pensamiento de mi padre. Se lo agradezco en el alma porque es de justicia y está realizado con extrema finura, una finura que yo diría musical. Mas no solamente en esto se percibe que tiene Ud. un fino oído. Lo que equivale a decir *medida* del sentir sin la cual el pensamiento divaga o se enquistas. Le felicito a Ud. pues, y le deseo prosiga su personal tarea.

Lo que no sé es si serán muchos los que se den cuenta de que este libro mesurado, objetivo, es uno de los libros más dramáticos que puedan leerse hoy día. Tanto que escarban los autores en el fondo de la angustia hasta raerse el corazón a ver si encuentran la tragedia dejan pasar luego la realidad dramática en grado sumo. Y el drama que fue, que es, para España y para nosotros el habernos

tenido que realizar fuera de ella me parece aún menor que el de esas generaciones que nos siguen y que Ud. ha hecho tan bien en recoger. Queda bien claro que hoy día, hace años que hay gentes de vocación filosófica en España que van a estudiar a... donde pueden, para enseñar y escribir después en... donde puede. Esos que nos siguen no han sido ya formados en España fundamentalmente por maestros españoles. Qué contraste entre, por ejemplo, Gaos y yo misma, los dos productos indígenas por así decir, *Made in Spain*, lo que quiere decir simplemente que se podía estudiar filosofía entre nosotros, que teníamos padres, hermanos. Es simplemente atroz que las nuevas generaciones tengan que emparentarse con Heidegger, Sastre, Jaspers... Comprenderá Ud. que este lamento no quiere expresar un sentimiento nacionalista, ni casticista. El pensamiento es universal. Mas a esa universalidad se llega naturalmente desde una tradición. En fin, de lo que se trata es de que España esté dejando de ser una Patria para convertirse en un simple lugar donde nacen personas de valor. La Filosofía como Ud. bien señala tuvo una función hacedora de España. Y en ese sentido es muy justo que me entronque Ud. con Ortega y aun con la Institución de la que tantas cosas me separan y me separaron siempre, pero a la que siempre me sentiré unida por eso; porque quiso hacer e hizo patria con el pensamiento.

Paradójicamente —mas qué bien lo vimos y sentimos y en consecuencia actuamos— los nacionalismos han ido terminando con las patrias, en conjunción, claro, con otras fuerzas allanadoras de lo mejor de la condición humana. Decir patria es decir libertad, intimidad, arraigo, universalidad.

Como ve le siento amigo de veras, pues que me he puesto a hablar con Ud. por lo largo. Espero que, al fin, día así suceda.

Su libro, además de la utilidad informativa, es sobre todo una objetiva manifestación de un drama histórico. A ver si hay mentes que lo capten. Ha hecho Ud. una buena obra en el sentido tradicional de la palabra. Que a Ud. le sirva igualmente.

Le envío mis más cordiales saludos,

MARÍA ZAMBRANO

LA VOZ DE MARÍA ZAMBRANO

Encuentro en el aire*

—Me llevaré mientras viva tu voz metida en el alma, María; pero siento no poder verte y llevarme también tu imagen física.

—No, no; es mucho mejor así. Mi cuerpo está ya achacoso y enfermo; es mejor que no me veas. ¡Llévate mi voz en el alma! ¡Llévate sólo mi voz!

Eran las últimas palabras de una conversación telefónica con María Zambrano, que mantuve durante una de mis jornadas finales en París. El artífice de aquel emocionante momento había sido un amigo quien, en unión de su esposa, había tenido la gentileza de organizar una velada en su casa con el fin de propiciar ese diálogo telefónico con María Zambrano. Ellos habían residido en Ginebra, donde hicieron amistad entrañable con la filósofa, y a pesar de su traslado a París no perdieron el contacto, mediante una reiterada comunicación por el hilo mágico. María se acordaba de mí, de mi frecuente ocupación sobre su obra, de nuestra antigua correspondencia, y hasta recordaba de memoria algunos de los párrafos que yo le había dedicado en mis escritos. Al manifestar ella también su deseo de conocerme, el amigo a quien antes aludí propició aquel encuentro en el aire.

* Esta conversación tuvo lugar en enero de 1984, en casa de los señores Cardona.

Al final de una cena en la que no faltó el delicado detalle del ama de casa, griega de nacimiento —prepararnos una deliciosa paella—, se ofició la ceremonia. Junto a mis amigos estaban como testigos la poetisa colombiana Renata Durán y una amiga griega del matrimonio.

Me puso al aparato e iniciamos los primeros protocolos escarceos: preguntas y respuestas de cortesía, recuerdos de nuestros anteriores contactos epistolares y literarios. Muy pronto lancé un avance en profundidad: le dije que era muy admirada en España por todos los que nos dedicábamos al esforzado oficio de escribir, pero que, sobre todo, era un símbolo para las jóvenes mujeres que se dedicaban a la filosofía; recogió el envite muy consciente de su propio valer: eran muchas las estudiantes, las profesoras y las escritoras que le escribían pidiéndole consejos, buscando apoyo y aliento para su tarea... El siguiente paso era casi obligado: ¿cuándo regresaba a España para continuar su labor y ofrecerse a ese mundo que le esperaba? No parecía, sin embargo, dispuesta a ello; las enfermedades, los años, la larga ausencia, el temor a una experiencia tan temida como deseada...; todo actuaba en contra de esa decisión.

Le pregunté cuál era el paisaje con que más se identificaba. Sugerí, recordando un ensayo suyo, leído recientemente, la ciudad de Segovia, cuya luz evocaba allí con entusiasmo y delectación. Me contestó que no, que la luz de España era para ella la de La Mancha. Pensé que se trataba de algo nuevo, de un sentimiento despertado al hilo de lecturas y evocaciones estéticas surgidas con el transcurso del tiempo, pero me dijo que no y hasta me contó una anécdota para recordarlo. Era un viaje de estudios realizado con compañeros universitarios y el inevitable don José —figura insoslayable en su vida y en su obra—, el cual les preguntó cuál era el paisaje con que cada uno más se identificaba; pero no fue ella quien realizó el des-

cubrimiento. Uno de esos «medio-novios» que había tenido a lo largo de su vida fue quien la definió:

—María es luz de La Mancha —dijo.

Y ella lo confirmó. La luz de La Mancha —serena, clara, transparente— era para ella, a la vez, su luz y la luz de España.

Me extrañó la expresión de «medio-novios» que había empleado, e inquirí acerca de ella. Su contestación fue muy rápida:

—Sí; yo he tenido pocos novios, pero, en cambio, he tenido muchos «medio-novios». Y eso me ha mantenido viva y despierta siempre, porque tener «medio-novios» es para mí IN-DIS-PEN-SA-BLE...

Hubo un silencio, durante el que no dije nada y ella intervino otra vez:

—¿No te ríes?

—Sí, sí —contesté—; estoy sonriendo, pero estoy pensando, al mismo tiempo, cuánta razón tienes.

Y fue entonces cuando le dije lo de la voz, que me llevaría a su voz. Aún oigo sus palabras:

—¡Llévatela, llévate mi voz! Por ella quiero ser recordada. La Voz y la Palabra —eso es lo que quiero que quede mío en el mundo, cuando ya me haya ido...

... ¡Llévate mi voz en el alma! ¡Llévate sólo mi voz! —oigo que resuena en mi pecho, como un eco inconfundible de aquella conversación.

Ginebra, 1 de febrero de 1984.

Distinguido y admirado amigo:

Sí, fue para mí como ciertas fiestas, el hablar de viva voz con usted. Hubiera podido continuar indefinidamente porque me he sentido siempre entendida, y no sólo en mi pensamiento, por usted. Ya recuerda con qué naturalidad me adentré en los laberintos de mi verdadera biografía y será tal vez no fácil imaginar para usted cómo me he sentido sostenida intelectualmente, quiero decir como ser, por este capítulo *María Zambrano, la razón poética*. Con él usted me identificaba, había visto lo que para mí, aunque declarado desde los primeros escritos míos, seguía siendo como un secreto. Brotó esta expresión *razón poética* en una nota publicada en *Hora de España*¹ sobre el libro *La Guerra*, colección de artículos de don Antonio Machado, del que tengo una preciosa carta. Quizá esa expresión había nacido ya antes y con dolor, [...] en fin, no voy a proseguir; le doy las gracias una vez más por haberme escuchado en lo más hondo, por haberme sostenido en lo más alto. Entrar en este año así, cuando estoy sufriendo de una casi ceguera que tiene remedio, me parece muy coherente. Sus líneas y sus artículos me han sido leídos por Rafael Tomero, primo mío allegado. Espero poder escribir, pero tardaré porque la operación, sencilla en princi-

1. *Hora de España*, 23.

pio, mas en los dos ojos, quiero que tenga lugar ya en la primavera, cuando la hierba brota, cuando los árboles están al abrir sus botones; quiero seguir el ritmo de la naturaleza. Pero no puedo diferir para entonces las líneas que me pide sobre el discípulo de mi padre, según don Antonio Machado señala en su *Mairena Póstumo*, póstumo en verdad, pues que fue publicado más de treinta años después de la muerte de don Antonio, Mariano Quintanilla, a la par escéptico y creyente, distante e inmediato, entregado, sin darse aire de ello, a su ciudad, hacedor de ciudad, tenía que ser inevitablemente muy cercano discípulo y compañero de mi padre. Filósofo, sí, mas en función arquitectónica, *clásica* (el mejor quizá de los bustos de Emiliano Barral fue el de mi padre, quien no quiso que tuviera otro título que el mismo con que don Antonio le señalaba a mi padre: *el Arquitecto del Acueducto*). Mariano Quintanilla, descendiente de uno de los reyes de armas que proclamaron reina de Castilla a Isabel. Nada tenía de *tradicionalista*, nada de ostentoso. Parecía no creer en nada y, desde luego, en ninguna vacuidad creyó nunca. Ya sabrá usted que fundó la Universidad Popular. Nunca olvidaré las dos primeras conferencias que de ella oí: la de Manuel García Morente y la de Eugenio d'Ors, que andaba en publicar el primer tomo de su glosario. El ambiente del aula aquella mañana, un poco fría siempre de Segovia, era ya una creación. Los juegos florales habían sido cosa muy distinta, y las pláticas dominicales, cuando las había... ¡para qué decir! La ciudad era muda, es decir, no, muda no, pues que ya sabe usted que era nada menos que la sede de la Academia de Artillería.

Ya sabrá usted la historia de la Universidad Popular, por ejemplo de la adquisición de la iglesia románica desafectada de San Quirze, donde nunca se dio una conferencia, pero que fue salvada del destino de guardar la paja para el Regimiento de Artillería, aunque estaba tan

lejos. Ya sabrá usted todo lo necesario, aunque la realidad histórica es inagotable y sobrepasa, por tanto, a toda imaginación. Al escribir su libro sobre el erasmismo, que no he podido escuchar todavía, bien muestra usted, por la vía que anda, por la que sin duda hemos andado —¡qué remedio!— todos. Vea por ejemplo; mi padre me llevaba muy a mal una de las limitaciones más que no pudo, a pesar de su arte de educador; conseguir. Yo no podía, sino muy mal y a medias, pronunciar la «s» líquida, y claro que ya era tarde. Yo no sé si Mariano Quintanilla la pronunciaba, pero sí le aseguro que era digno de ella.

Siempre me he sentido muy orgullosa de mi bachillerato realizado en el Instituto Nacional de Segovia. Lo hice todo asistiendo a clase, cuando solamente una señorita estudiaba el quinto año y yo el primero, con una compañera que tenía un hermano, que *estudiaba*. Pronto me vi sola, pues que mi padre me dijo: «si quieres estudiar tienes que saber tratar con los hombres y, lo que es más atroz, con los muchachos que lo quieren ser (que también los hay de esos grandes que hacen tanto ruido, arrastrando tanto estruendo, a veces); tienes que tratarlos de cerca —me dijo— y si estás sola, espera y teme a un tiempo el dejar de estarlo, pues quién sabe las compañeras que te llegarán». Pero ¿y los profesores? Los había de todo. Algunos caballeros de la ciudad, para quienes era como una condecoración el ser profesor; no nos enseñaban nada, pero se comportaban finamente. Ya es algo. Otros, los auxiliares, por lo regular, solían ser muy estudiosos, un poco enrabiados, con harta razón. Trabajaban y no sólo cobraban poquito, sino que no tenían ocasión de trabajar continua y responsablemente. Tuve profesores espléndidos: don Moisés Sánchez Barbado, de *latín*, que escribía en los periódicos, que tuvo el valor de subir al escenario para tomar notas de una conferencia de don Miguel de Unamuno; don Agustín Moreno, segoviano, católico *de co-*

munión diaria, que explicaba con pasión la teoría de la evolución. El de filosofía, en cambio, era liberal de Romanones, llegó a ser Director del Instituto, prestamista y, por cierto, acompañante de don Antonio Machado en sus largas caminatas por la carretera de Bodeguillas; contaba muchos chascarrillos, que para mí no tenían gracia, para amenizar sin duda la asignatura de Ética.

Bien, como ve, soy incontenible cuando me pongo a hablar con usted. Extraiga lo que le parezca adecuado para mi homenaje a Mariano Quintanilla y como recuerdo al Instituto Nacional de Segovia, del que soy bachiller y donde se guarda mi brillantísimo expediente, afeado sólo por un suspenso en la Historia de la Literatura, de la que me examiné por libre, aun habiendo asistido a clase para terminar antes mi bachillerato.² No podía yo imaginar que era don Antonio Machado, de quien ya me sabía algunos poemas, el profesor que iba a sustituir a aquel caballero. La clase de don Antonio era una clase inaudible, hablaba ensimismadamente; los niños jugaban al *gua*, pero yo no lo hubiera hecho y así hubiera tenido un alumno que le escuchara.

Bueno, no sigo más. Reitero lo que le he dicho a usted al principio. Cuando se me descorra esta cortina en los ojos estoy a su disposición para todo aquello en que le pueda servir, pero aun ahora no dude en preguntarme algo que le pueda ser útil.

Con mi amistad

MARÍA ZAMBRANO

2. Así, por terminar antes de tiempo mis estudios en este Instituto, no tuve de profesor a don Antonio.

UN INÉDITO ENCONTRADO EN PUERTO RICO

La Democracia es el régimen capaz de renovarse a sí mismo, de ser la continuación de sí mismo, es decir: de superar su propia crisis.

Las crisis llegan inevitablemente siempre que un proyecto se ha logrado —en la forma en que humanamente esto sea posible. Y aún se podría afirmar que en la medida en que una etapa de la historia se cumpla, la crisis ha de aparecer en la misma medida en que se logró: crisis no es fracaso.

Y esto sucede así —de lo cual en la Historia hay muestras que lo hacen evidente— porque todo proyecto es necesariamente parcial, si ha de realizarse; sólo las Utopías —proyectos totales de resolver de una vez por todas y para siempre el problema humano—, sólo ellas no pueden estar en crisis; aquello que se logra es porque ha sabido limitarse; este límite es el que aparece visiblemente cuando ya se ha logrado.

Como los regímenes absolutistas o totalitarios no se limitan, no pueden llegar a la crisis, sino simplemente a la catástrofe.

El error estriba en confundir la crisis, las crisis ocurridas dentro de la Democracia, como fracasos definitivos, como si la crisis no fuera acaso algo que acompaña a la condición humana. La crisis no es sino la señal, el signo de que la vida, la historia son movimiento, proceso.

Y hasta ahora, son muy raros los intentos —aun en el pensamiento puro— de pensar la realidad que es la vida

humana en función del movimiento. Más raro aún el que las gentes entiendan que un régimen no sea una especie de estructura fija o de «cosas» y que le exijan, por tanto, la quietud, especialmente si en algo se ha logrado. La mente de la mayoría de la gente es estática y concibe la realidad como un conjunto de «cosas», la vida como una suma de hechos, negándose a ver que los hechos son *momentos* de un proceso —así como las llamadas *cosas* son, según la Física actual, concentraciones de energía, todavía la actitud mental de la mayoría de las gentes sigue aferrada a la vieja imagen de la materialidad estática tanto de las cosas, como de la vida personal e histórica. Es el *materialismo* del que tenemos que liberarnos los occidentales.

Pero un proceso histórico, no es un movimiento tan simple como pueda concebirse a primera vista. Por de pronto podemos sorprender dos aspectos en este proceso, si ha de ser integrador —pues existen también procesos destructivos. Uno hacia delante, a partir de ese límite que hemos señalado que es el propio de la acción eficaz, de proyecto que se realiza: descubrir lo que se dejó por hacer *necesariamente*, es decir el equivalente en la política de lo que es el Método en la Ciencia: una cuestión sigue a otra; una dificultad ha de ser acometida sólo después de que otra más inmediata y perentoria haya sido vencida. Es el movimiento que pudiéramos llamar progresivo. Otro, es el de rectificación, nacido del examen de la situación creada, a lo que se podría llamar —y así ha sido llamado— *reforma*. La Democracia ha de ser capaz de hacer su propia reforma. Sólo así podrá pervivir.

Y este aspecto de *Reforma* no viene necesariamente de haber cometido un error; sino del hecho mismo de que la historia es movimiento, mas no lineal, como cuando se camina por un camino ya hecho y trazado hace mucho tiempo. Sólo el que anda por una carretera abierta ya, reco-

riendo un camino conocido en el que no hay nada nuevo, no tiene que detenerse y volver la cabeza para mirar; no tiene que retroceder. Cuando se abre un camino nuevo puede ser necesario adelantar linealmente y trazar así un sendero estrecho que luego será necesario ensanchar; completar. Pues un régimen ha de considerar multitud de problemas. Y así, la imagen del progreso se parecería más a una espiral que a una línea recta. A una espina que se diferencia del círculo —imagen del totalitarismo— en que es abierta.

Y así, por ser la Democracia el régimen más humano —que más fielmente sigue la condición humana en toda su problematicidad— ha de proponerse el entrenar a las gentes en ella. Pues lo propio del hombre, de la vida humana es tener que inventar su propia acción, y descubrir su propio ser. No se es hombre como se es bestia o planta, de una vez y para siempre en forma fija; la condición humana se conquista, de no ser así, no existiría la historia y no hubiéramos conocido sobre el Planeta más que un régimen, una forma de convivir. La ventaja de la Democracia es que es el régimen nacido sobre este conocimiento, sobre esta condición, sobre este sentimiento de que ser hombre es cosa difícil y de que todo estado o situación, por alto y ventajoso que sea, puede entenderse; en la inercia no es posible y el permanecer y el instalarse en ella es simplemente la muerte, o algo peor.

Corresponde, pues, la Democracia a un estado sumamente desarrollado de la conciencia, no sólo política, sino humana en general. La conciencia política no puede alcanzarse si la conciencia humana no ha llegado a una cierta claridad, pues en este caso, sólo se verá en lo político un modo de vivir ventajosamente, en lugar de un medio de elevar la vida al nivel más alto de hacer posible, también, el crecimiento de un pueblo, el que aquella capacidad de creación que en todo pueblo está contenida, se logre. La Democracia ha de ser creadora.

El crear es el privilegio del hombre, y el crear lleva consigo lo imprevisible; más, que hay que crear a su vez las condiciones para que tanto lo previsible como lo imprevisible aparezcan.

Y en ello aparece la diferencia fundamental entre la Democracia y los regímenes despóticos o totalitarios. En éstos, la cultura es dirigida y en ocasiones llegan a convertirla en simple propaganda o a hacer todo lo posible para que así sea, en vez de en la creación intelectual y artística un simple medio a utilizar. Y en todo caso a *controlar* el pensamiento, justamente para que la crítica, el examen y aun la creación no sean posibles. Todo despotismo teme al pensamiento.

La Democracia, en cambio, se consideraba obligada a desarrollar el pensamiento, mas no *dirigiéndolo*, sino creándole un clima adecuado, ofreciéndole las condiciones mejores para que se desenvuelva. No tiene temor de lo que en el pensamiento y en toda creación humana hay de imprevisible.

Y así no se ha de limitar a cuidar y proveer a la enseñanza de los conocimientos ya adquiridos, ya vigentes, a la repetición por otra parte necesaria de lo conocido, sino que ha de hacer posible que el nuevo pensamiento aparezca; ha de suscitar el afán de investigación y de descubrimiento de todos los dominios; en suma, ha de abrir paso al futuro. La democracia tiende al futuro.

La Pièce, 24 de febrero de 1967
Crozet-par-Gex, Ain, Francia

Mi bueno y siempre estimado amigo Ferrater Mora:

Después de pedirle perdón por este larguísimo silencio del que me siento culpable, creo lo mejor entrar en conversación sin entrar en inacabables explicaciones. El silencio se acumula, es cierto, y también las culpas; nada hay que se condense más que el hueco de lo no hecho. Y así andamos los pobres a quienes no se nos da pasar del pensamiento a su realización: nuestra vida y nuestra obra es sólo lo suficiente para dibujar y si acaso los huecos de lo dejado. Siempre me supe retardada mental, mas no lo bastante. Pues que de haberlo sido más todavía, algo de lo que se me ha ido quedando en el silencio o en el balbuceo hubiese tomado consistencia. Y más me acerco al final, más imperiosamente se me muestra la ley de que hay que dejar algo cuando uno se vaya: una piedrecita, lavada, eso sí, o un hilillo de agua, su equivalente.

Como ve no estoy para justificarme, sino para acusarme. También con Ud. y no digo frente a Ud., porque eso no lo diré nunca.

Creo que Aquilino Duque le contaría a Ud. de cómo el día antes de recibir su carta —que tanta alegría me dio— le estuve hablando de Ud., rogándole, además, que le explicara un poco acerca de mi modo de vida aquí. Quería haberle enviado con él mi libro, mas no tenía ni un solo

ejemplar. Después se lo he enviado. Hasta ahí llegué. El otro, *España. Sueño y verdad*, encomendé a Edhasa lo hiciese y me dijeron lo habían hecho.

Ayer me llegó el libro de Abellán sobre la Filosofía española en el destierro. No he tenido tiempo más que de darle una ojeada. No parece que esté nada mal. Lo que no sé es si alguien se dará cuenta de que es uno de los libros más dramáticos que leerse puedan hoy día que tanto abunda tanto escarbar en la angustia —recuerdo y refiero siempre que puedo su genial *A l'angoisse par la joie* en el Restaurante de la R. de L'Ancienne Commedie hace tantos años—, tanto pasar revista al vacío, al vacío sin configuración, mientras las tragedias reales pasan desapercibidas. Mire, pero ya Ud. lo habrá mirado, cómo los que nos siguen van a estudiar Filosofía a... donde sea para ir a enseñarla... donde sea. Cómo España es *un lugar*, quizás aquel de la Mancha de cuyo nombre no vale la pena acordarse. Una patria menos que hay en el mundo. Y como no puedo creer ni tomar por bueno que el mundo sea un simple lugar, un espacio homogéneo, indiferente, intercambiable, no sólo desacralizado sino descualificado como no creo que las raíces sean innecesarias, ni el tronco... me aflige. Claro que me aflige casi todo lo que le sucede. Y por ello quizás mi silencio. Analizar la crisis, hace tiempo que lo dejé. Atravesarla, eso sí, atravesar el desierto. La Profecía falta. El último profeta ya sabe Ud. cuál ha sido, además de, claro está, Nietzsche. Y el desierto ¿se podrá atravesar sin profeta y sin profecía? Y más cuando ya unos y otras existen. Bien es verdad que en parte han creado y han hecho el desierto justamente invirtiendo los términos, según la ley de la inversión que parece regir los humanos asuntos desde... prefiero no precisarlo. Aunque sí, voy a decirlo puesto que estoy hablando con Ud.: desde que la Inquisición sustituyó a la Profecía que había de seguir revelándose y revelando la humana historia.

Se me esta imponiendo un libro, por llamarlo de algún modo: «Historia y Revelación». No; no tocaré al Concilio, en lo que no hay mérito ni demérito ya que allí el asunto quedó intacto en su centro, alterado en su manifestación. Mas no voy por ahí. Quisiera, pues que me es necesario no tener presente la *forma* a la que tanto he sacrificado. La *forma* que depende de mí he de entregarla. He leído últimamente algunos Libros del Antiguo Testamento —me habían atribuido estar influida por esa lectura cuando ni siquiera se había verificado. También acerca de nuestros otros hermanos, los de la noche del Islam. Me gustaría hablar con Ud. especialmente acerca de la palabra, del lenguaje. La palabra ¿no se opone o penetra en la Muerte? Tengo que terminar. Saludos a Renée muy cariñosos. Rally me describió un vestido que le sentaba muy bien y me habló de ella con entusiasmo. ¿Y el heredero? Ferrater: téngame siempre por su amiga, aunque me caiga en un silencio, que es sólo aparente, y motivado. Sigo hablando con las personas en mi inacabable meditación del destierro.

MARÍA ZAMBRANO

This page intentionally left blank

Índice

Prólogo	9
I. La Segovia del primer tercio del siglo XX: los orígenes intelectuales de María Zambrano	13
II. Vida itinerante y exilio	33
III. Las cartas a Araceli	53
IV. La España soñada	59
V. Las claves humanas del exilio	65
VI. El universo iniciático de María Zambrano: un camino hacia la redención social	71
Apéndice. El destino de la razón: una meditación desde el hispanismo filosófico	85

CARTAS Y TEXTOS DE MARÍA ZAMBRANO

Nota preliminar	97
Carta de 1 de marzo de 1965	101
Carta de 25 de junio de 1965	106
Carta de 28 de septiembre de 1965	108
Carta de 27 de febrero de 1967	109
La voz de María Zambrano	112
Carta de 1 de febrero de 1984	115
Un inédito encontrado en Puerto Rico	119
Carta del 24 de febrero de 1967	123